

Selección TERROR

Burton Hare

LA VENGANZA DE LOS ESPIRITUS


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

575 – Fauces sangrientas, *Lou Carrigan*.
576 – Horror absoluto, *Clark Carrados*.
577 – El viento de los muertos, *Curtís Garland*.
578 – Me parece que he muerto, *Ada Coretti*.
579 – Aguijón mortífero, *Joseph Berna*.

BURTON HARE

LA VENGANZA DE LOS ESPIRITUS

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 580
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 13.828 - 1984

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: en España: mayo, 1984
1ª edición en América: noviembre, 1984

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1984

PROLOGO

Llevaba tiempo acostado sin poder conciliar el sueño.

Como casi todas las noches, desde el día de la horca. Era una pesadilla que se iniciaba antes de dormir, con plena consciencia.

Se repetía una y otra vez, implacable como la muerte.

No podía dormir y los párpados le pesaban dolorosamente, y los recuerdos arañaban su corazón como la garra descarnada de un buitre, y maldecía, y se maldecía porque, a pesar de todo, de la muerte y de la horca, continuaba amándola, deseándola.

Pero no había podido hacer otra cosa. Deseaba mucho más el poder y la riqueza y algo había que sacrificar para obtenerlos.

Si pudiera olvidar...

Si pudiera dormir en paz.

Ladeó la cabeza. Más allá del pesado dosel de la cama se recortaba el rectángulo de la ventana. La luz de las estrellas le permitía ver el contorno de los cortinajes, pesados, inmóviles, y las ramas del árbol que se alzaba junto a la mansión.

Sin darse apenas cuenta quedó dormida al fin. Y al hundirse en las brumas del sueño la pesadilla se desvaneció, aunque no del todo. Ahora, las sensaciones parecían diluirse en una extraña lejanía que desdibujaba los contornos de cuanto desfilaba por su mente dormida.

De esa lejanía, primero como una leve sombra, después con más claridad, surgió la visión.

Y era ella, la más bella mujer que ojo humano hubiera contemplado jamás. El sueño hecho realidad, convertido en carne y sangre, en hermosos pechos que palpitaban de vida, en largas piernas de fino trazado y en muslos blancos y firmes que parecían reflejar la luz de ese extraño mundo de sueño y quimera.

Le invadió una profunda sensación de relajamiento, de plenitud, como si contemplar a aquella exquisita mujer desnuda fuera la cima de todos sus anhelos.

Ella se detuvo junto a la cama, apartando el dosel con un brazo nacarado. Parecía flotar en la dulce bruma del sueño, y no obstante era real, tenía volumen y mirándola podía percibir el ritmo firme y pausado de su respiración.

Nunca antes la pesadilla se había transformado en tan bello sueño. O quizá no fuera un sueño...

Mientras la miraba a ella le sonrió. Fue una sonrisa cálida, acogedora, incitante y ardiente, como ninguna otra mujer había sonreído jamás en la tierra desde que ésta fuera creada.

Le invadió un éxtasis que era delicia y era dolor a un tiempo. El salvaje deseo que experimentara con plena consciencia cuando ella

estaba fuera de su alcance brotó de nuevo en cada fibra de su cuerpo, desbordándose cual una ola que rompiera todos los diques.

Ella se inclinaba poco a poco sobre él, aún de pie al lado de la cama

La veía tan cerca que el deseo le hacía daño. Y, sin embargo, la delicia de su proximidad convertía el daño en placer, gozando de ella por anticipado.

Ella seguía sonriendo cuando se tendió a su lado. Extendía sus largas piernas con voluptuosidad, y luego daba la vuelta apoyándose en un codo para mirarle con la profundidad hipnótica de sus ojos maravillosos.

El sueño se hacía realidad. Era una sensación extraña.

Era como si su personalidad se hubiera desdoblado y pudiera contemplar la escena desde otra dimensión, y viera su propio Yo actuando con la pasividad perezosa de un sueño quimérico lleno de sensualidad.

Sus dedos le acariciaban la piel. Los dedos eran fríos como el hielo, y, sin embargo, le producían una deliciosa sensación de calor.

Un súbito endurecimiento de deseo le asaltó mientras aquellos dedos se deslizaban, lentos, por todo su cuerpo, y ella se inclinaba cada vez más sobre él. Intentaba abrazarla, pero sus brazos permanecían inmóviles, no obedecían al mandato de su cerebro exaltado.

Luego, ella apoyaba los labios sobre su boca. Si era sólo un sueño, entonces estaba alcanzando una sublime sensación de realidad como jamás antes pensara que fuera posible. Alcanzaba un placer físico tan intenso que le asustaba, porque después de esa increíble delicia sólo podía existir la muerte.

La sentía acariciante en cada fibra de su cuerpo y de sus sentidos. Y al poseerla, con el estallido del placer total y absoluto, aquella boca que le entregaba en oleadas el fuego de la vida, se volvió dura y exigente, y de pronto el éxtasis le turbó y no supo en qué dimensión, en qué estrato de la vida, había tocado con las manos ese jirón del Más Allá, esa sublime cima donde todo era posible y donde el placer se volvía dolor, y las dulces brumas azules y rosadas se desvanecían en negras sombras de un abismo lóbrego y profundo como ningún otro.

Se sentía morir, y eso también era placer, y era éxtasis, y deseaba morir en ese torbellino que giraba en un abismo más negro cada vez. Lo deseaba…

Y de pronto despertó. Aunque en los primeros instantes no supo si estaba despierto, o si el sublime sueño se había convertido otra vez en pesadilla.

Continuaba sumido en tinieblas, y a medida que sus sentidos

despertaban descubría que esas tinieblas no eran las de su alcoba, sino que eran mucho más negras y profundas, impenetrables.

Y tampoco estaba en su cama, sino de pie. En la espalda sentía la rígida y fría humedad de un muro de piedra, y cuando quiso apartarse de él no pudo.

Espantado, descubrió entonces que estaba sujeto al muro de piedra por medio de argollas de hierro.

Dio un grito y su voz resonó, opaca, en aquella soledad.

No comprendía nada. No sabía cómo había llegado a ese lugar de pesadilla. Cómo del éxtasis había pasado al terror.

En las tinieblas danzó de súbito como una sombra blanca.

Un cuerpo desnudo.

El cuerpo de una mujer, casi fosforescente, etéreo, ingrávido como si flotara en el aire quieto.

La aparición retrocedía Detrás de ella vislumbró unos escalones de piedra que sirvieron para que la sombra etérea los subiera sin rozarlos y desapareciera.

Supo que estaba solo, encadenado en aquel antro.

¿Solo?

Primero fue un leve roce.

Después, unos chillidos a ras del suelo.

Y luego, algo pequeño, peludo, rozó sus piernas. Unos dientes diminutos y crueles laceraron su carne.

¡RATAS!

Corría el año del Señor de 1783.

CAPITULO PRIMERO

El rumor de la lluvia le despertó. Aturdido por el sueño murmuró:

—Aún es de noche...

La lluvia se deslizaba por los cristales de la ventana, recortada por la leve claridad del alba que se iniciaba.

Matt dio la vuelta. Extendió el brazo buscando una postura más cómoda. La mano se apoyó en algo terso, cálido y firme y allí se quedó.

Se había dormido otra vez.

Luego, el fragor de un trueno despertó a la chica. Parpadeó. Apenas nacía el día y el resplandor de un relámpago más allá de la ventana mostró la tristeza de la lluvia que se desplomaba, densa y gris.

Sintió la presión en su seno y ladeó la cabeza. Matt dormía profundamente y su mano estaba semicerrada sobre su pecho, abarcándolo, como resistiéndose a dejar su palpitante calor.

La muchacha rubia sonrió para sí.

En aquel instante, lejano, un teléfono comenzó a repicar.

Titubeó entre despertarle o no. El teléfono ya les había dado la lata horas antes, una y otra vez...

Al diablo.

Se relajó de nuevo, desnuda bajo la sábana. Sentía el calor de la mano de él en su seno, y la excitante proximidad de su cuerpo fuerte.

El teléfono se cansó de escandalizar y calló. La chica cerró los ojos y poco a poco volvió a hundirse dulcemente en las brumas del sueño.

Minutos más tarde, el teléfono rompió a sonar de nuevo allá abajo, lejano. No logró despertarlos esta vez y acabó callándose.

Una hora más tarde él despertó, aunque siguió con los ojos cerrados, saboreando esos minutos en que la consciencia parece mecerse entre el sueño y la vigilia. Sus sentidos entraron en acción antes que él. Oyó primero el crepitar de la lluvia en los cristales y el sonido le encantó.

Después notó en la palma de la mano el cosquilleo de algo duro y terso y confusamente se preguntó qué diablos era aquello tan cálido y vivo.

Abrió un ojo cautelosamente. Primero vio una catarata de oro desparramado sobre la almohada, a su lado. Era un cabello largo y hermoso.

Entonces despertó del todo porque nadie puede seguir durmiendo sintiendo la caricia de un duro pezón en la palma de la mano.

Fue recordando cosas paulatinamente. Se estremeció al rememorar lo sucedido desde que se acostaron, o mejor, desde que llegaron al

apartamento. Todo un muestrario. Esa chica no sufría inhibiciones.

Le miró la cara. Dormida no parecía tan agresiva como fuera en la cama. Pero era endemoniadamente bella, eso no ofrecía dudas.

Se llamaba Irina.

¿Irina?

Arrugó el ceño. No estaba muy seguro de su nombre.

Oprimió suavemente el seno entre los dedos. Ella se removió un poco sin despertarse.

—¿Irina? —dijo en un susurro.

De pronto pensó que si estaba equivocado y ésa no era Irina la cosa podría ser muy desagradable.

¿O se llamaba Martha?

No, tampoco. Martha era pelirroja, seguro.

Apartó la mano cautelosamente. Se incorporó sobre un codo y continuó mirándola, tratando de recordar su nombre, tratando de saber quién era.

Pensó que uno debería recordar el nombre de la chica que duerme en su misma cama.

—Nena...

Eso estaba mejor. Fuera Irina, o cualquier otra, así no había peligro de meter la pata.

Ella runruneó algo en sueños.

Matt descubrió la botella casi vacía sobre la mesita de luz. Comprendió la razón de que estuviera tan aturdido.

Resaca, ni más ni menos.

Y luego los excesos pasionales con la volcánica muchacha rubia. Atrapó la botella y bebió un sorbo. Le supo a infiernos.

Inclinó la cabeza y la besó en la boca.

Luego murmuró:

—¿En qué estás soñando, ángel?

Al fin, ella parpadeó. Ladeó un poco la cara, mirándole con ojos llenos de sueño.

—¿Qué pasa? —balbuceó.

El volvió a besarla. Sus labios eran suaves y calientes.

Eso la despertó de golpe. Se revolvió en el lecho, dio un puntapié a la sábana y ésta salió volando.

Abajo, el teléfono volvió a dar fe de vida. Matt irguió la cabeza y la chica gruñó:

—¡Ya empieza otra vez!

—¿Por qué dices que empieza otra vez?

—Anoche nos dio el tostón. Y antes ha estado chillando hasta desgañitarse.

—Bueno, habrá que...

—Olvídalo.

Le atrapó entre sus brazos y esta vez ella tomó la iniciativa.

El teléfono calló.

Ella se había enroscado en torno a él, apresándole como en un cepo.

Matt murmuró junto a su boca:

—Antes murmurabas en sueños...

—Te pedía que me despertaras de ese modo.

Estrechó su abrazo. Se enroscaba a él como las raíces a la tierra.

Matt hundió la cara en el aromático cabello rubio. Encontró su oreja y la besó. Ella dijo:

—Deberías estar muerto después de una noche como ésta... A propósito, ¿qué hora es?

—Al diablo la hora. ¿Para qué quieres saberlo?

—Por mí...

Se encabritó al sentir en su cuerpo las ardientes caricias de él. Dio la vuelta violentamente y casi quedó tendida sobre Matt.

—Salvaje... Me gustas.

—Y tú a mí, nena.

—Aún no me conoces. Soy una especie de amazona. Ahora verás lo que...

No terminó. En alguna parte un timbre retumbó, sonoro, vibrante.

Ambos se quedaron un instante quietos por la sorpresa.

La chira exclamó:

—¿Sueles recibir chicas a estas horas?

—Todas tienen la llave — replicó, riéndose.

El timbre no cesaba.

—Mejor será que vaya a ver qué pasa o echarán la puerta abajo...

Saltó del lecho. Se envolvió en una bata y dio un vistazo al sugestivo cuerpo desnudo tendido en la cama.

—Espérame así, encanto. No te muevas, no hagas nada.

¿Entiendes? No estropees el efecto plástico si sabes lo que quiero decir.

—Date prisa y no hables tanto.

El se dirigió a las escaleras. Eran escaleras de caracol, estrechas y retorcidas. Dio un traspié y por poco no las bajó rodando.

Llegó a la puerta y la abrió de un tirón exclamando al mismo tiempo:

—¡Bueno! ¿Qué demonios pasa, hay fuego en alguna parte?

La mujer le miró de arriba abajo, escandalizada.

El dio un respingo.

—¡Caray, señora Hazel! ¿Qué hace aquí a estas horas?

Ella seguía mirándole acusadoramente.

Al fin carraspeó.

—¿Hemos de hablar aquí fuera? —estalló.

El se apartó, azorado.

La mujer entró pisando fuerte. Era alta, huesuda. Delgada hasta la exageración, parecía complacerse en su desgarbado aspecto. No obstante, bajo su descuidada apariencia se ocultaba una mente ágil e inteligente sin la cual el director del periódico no habría sabido siquiera dónde tenía la mano derecha.

—Estuvimos llamándote anoche —!e espetó—. Una y otra vez, el señor Kelly y yo misma. Una y otra vez, señor Taylor.

—Lo siento, yo...

—Le he llamado esta mañana apenas amanecido. Tampoco respondió. Después lo intentó el señor Kelly.

—No oí nada... Quiero decir, quizá el teléfono esté averiado.

—El señor Kelly estaba furioso. Me ordenó que viniera a ver qué sucedía

—Bueno, ya me encontró. Dígale que estaré en la redacción dentro de una hora.

La mujer estaba sacudiendo la cabeza de un lado a otro.

El graznó:

—¿No?

—Tiene que venir conmigo. Ordenes.

—Pero, bueno, ¿qué pasa?

—Geoffrey Lundgren. Se mató ayer, a última hora de la tarde.

—¿Lundgren?

—Sí.

El suspiró.

Desde luego, era una noticia.

—Bien, media hora y estaré allí.

—Tiene que venir conmigo —repitió la señora Hazel.

En lo alto de la retorcida escalera sonó una tosecilla y ambos levantaron la mirada.

Matt dio un respingo. La mujer enrojeció hasta la raíz de los cabellos.

La muchacha estaba allá arriba. Se había colgado una extraña negligé sobre los hombros, sólo que la prenda se había abierto y mostraba casi todo su cuerpo magníficamente desnudo.

—Nena...

—¿Qué le pasa a esa dama, Matt, no puede soportar la competencia?

—Vístete. He de salir —carraspeó él.

La mujer desvió la mirada. Dijo entre dientes:

—Dese prisa. Estaré esperándole fuera. He venido en taxi y aguarda para regresar.

—Bueno, yo... -

Ella misma abrió la puerta y salió muy tiesa, con la cabeza

erguida.

La chica soltó una risita.

—¿Has visto lo fácil que es librarse de una bruja, cariño?

—No sabes el lío que... En fin, ya no tiene arreglo. He de irme a escape.

—¿Por qué? Mándala al infierno.

—Mandar a esa mujer al infierno es tanto como quedarme sin empleo. Y me gusta vivir bien...

—¿Y qué hago yo entretanto?

El ya subía las escaleras.

—Lo que quieras. Acuéstate otra vez, o vuelve a tu casa. Porque supongo que tendrás una casa en alguna parte...

—Oh, bueno, eso... Volveré a acostarme. Y si puedes regresar pronto... Ya sabes.

—Lo dudo.

Batió todo un récord duchándose y vistiéndose endiabladamente rápido, ante la crítica mirada de la muchacha.

Luego la besó fugazmente y corrió hacia la puerta. Sólo que se detuvo de golpe y volviéndose preguntó, intrigado: —Oye, encanto, no recuerdo tu nombre...

—Vaya cosa. Me llamo Pauline. Aunque no me sorprende que lo hayas olvidado, después de todo lo que tú y yo... Bueno, no me sorprendería que no recordaras siquiera «tu nombre»...

El salió zumbando.

Tan pronto entró en el taxi el coche salió disparado. La señora Hazel no le dirigió la palabra hasta que él gruñó: —Bueno, diga algo. ¿Qué pasó con Lundgren?

—Se mató. Un accidente de coche. El señor Kelly quiere que cubra usted esa información... aunque es un poco tarde ya, me parece a mí.

—Hay otros redactores en el periódico. Ese tal Lundgren era un playboy medio loco. Se me ocurre que deberían cubrir el reportaje las chismosas de los ecos de sociedad y no yo.

—Dígaselo al señor Kelly.

—Por ejemplo, Sara Helm podría escribir todo un largo historial sobre ese botarate podrido de millones.

—No puede...

—¿Por qué no?

—Sara Helm era prima de los Lundgren.

Matt dio un salto en el asiento.

—¿Prima del rey Midas? No bromee... Esa chica no tiene un centavo.

—Eso no me incumbe, pero sigue siendo su prima. Está muy afectada y ha debido hacerse cargo de infinidad de trámites familiares.

—Ya veo... ¿Cómo sucedió, lo sabe usted?

—Todo lo que sé es que conducía un Porsche Carrera y estaba borracho, completamente bebido — recalcó con una mueca despectiva—. Saltó de la carretera en Mountain Point y fue a estrellarse en el barranco. No sé más.

Matt se recostó en el asiento y trató de pensar en lo que sabía del millonario desaparecido.

Por poco no se quedó dormido.

Era un día de septiembre de 1982.

CAPITULO II

Sara Helm hizo un gesto de fastidio.

—Mira, Matt, estoy agotada, muerta de sueño y con Ia mente hecha un caos. Escribe lo que quieras y déjame en paz. De cualquier modo la competencia habrá publicado la noticia para cuando tú te pongas a redactar tu artículo, así que sea lo que sea que escribas no le interesará a nadie.

—Me maravilla tu sentido de la camaradería, encanto. Tu maravillosa colaboración quiero decir.

—Los sarcasmos no te servirán de nada.

—Pero bueno, ¿a qué viene todo eso? Me han dicho que el muerto era primo tuyo, pero no puedo creer que te haya afectado tanto la cosa como pareces presumir. Nunca habías hablado de él ni de tu parentesco con ese cabeza hueca podrido de dinero.

—No había ninguna relación entre él y yo. Y mi estado de ánimo no se debe a su muerte, aunque lo lamente tanto como tú no puedas imaginar. Pero el hermano de Geoffrey está en Europa, y desde ayer no he parado un segundo. No hay otros parientes, así que he debido ocuparme de todos los trámites. Hasta del entierro.

Matt dio un respingo.

—¡Eh, espera un minuto! A lo mejor te deja heredera...

—¡Vete al infierno, Matt!

—Sí, bueno, pero es algo a tener en cuenta. Un puñado de millones nunca le ha hecho daño a nadie.

La muchacha dio un resoplido de ira.

—¿Quieres dejarme en paz? Te repito que hay otro hermano. Mi parentesco con ellos es más bien lejano. No tiene por qué haber dejado un centavo a mi nombre.

—Uno nunca sabe... ¿Bueno, qué quieres que escriba?

—Esta es una buena pregunta. ¿Necesitas que te dicte «tu» artículo?

Matt suspiró, lleno de resignación.

—Cariño, tú no tienes ninguna simpatía por mí, y aún no comprendo por qué razón... Lo único que te pido es que me indiques la imagen que quieres dar del finado señor Lundgren. La real: borracho, mujeriego, degenerado y podrido de vicios y millones, o lo idealizo convirtiéndolo en un adorable playboy generoso, amado y todo ese cúmulo de basura que acostumbran a escribir las chismosas de la página rosa. Eso es todo lo que pretendo que me digas. ¿Te parece mucho?

La hermosa muchacha se pasó la mano por la frente y los ojos, en un gesto de cansancio.

—Lo siento —murmuró—. Lo siento de veras, Matt. Pero estoy hecha migas, nerviosa... Perdóname. Escribe lo que se te ocurra. No tengo ningún interés en idealizar a mi degenerado prima —A¿. Ahora sé a qué atenerme. Oye, preciosa, ¿aceptas desayunar conmigo? Te sentirás mejor después de una buena ración de tostadas, jamón y café. ¿Qué decides?

Ella le miró abiertamente. Por primera vez intentó sonreír.

—Eres un encanto, Matt. Pero no puedo. De un momento a otro me llamarán aquí, si han localizado a Amos en París. He de hablar con él.

—¿Amos?

—El hermano de Geoffrey. El hermano pequeño.

—Ya entiendo.

—Lo están buscando a través de la embajada.

—Está bien, otra vez será. ¿Estaba realmente borracho cuando se despeñó?

—Supongo que sí. La policía lo ha establecido sin ninguna duda.

—¿Sabes quién se ocupó del caso?

—Un tal Darrel. Sargento Darrel.

—Le conozco. Bien, nena, ya te veré cuando puedas librarte de todo este embrollo. Y mi invitación sigue en pie.

—Imagino que debes estar muy atareado con tus citas para que recuerdes una invitación «sólo» para desayunar...

—Calumnias, nada más que calumnias —protestó Matt con vehemencia

—Lárgate y no hagas el payaso. Alguien dijo una vez que las chicas hacían cola en tu apartamento.

—Otra infame calumnia Lo cierto es que si quiero llevar a una chica a mi apartamento, antes tengo que anestesiarla...

—¿Vas a empezar a escribir mañana por la mañana?

El cabeceó.

—De acuerdo, me tienes entre ojos. Te veré en cualquier momento.

Salió de la residencia que perteneciera al hombre muerto y condujo despacio, pensativo, hacia el centro.

El sargento Frank Darrel era un hombre grande, de hombros como un piano, jovial y peligroso cuando las circunstancias lo exigían. De una edad más o menos semejante a ¡a de Matt, sonrió sin humor cuando éste irrumpió en su despacho.

—Bueno, llegas a tiempo —dijo—. Me devanaba los sesos tratando de encontrar a alguien que pagara mi desayuno. Vamos.

Boquiabierto, Matt le vio atravesar la oficina. Ambos descendieron las escaleras que el reportero acababa de subir, y en dos minutos estuvieron acomodados en la cafetería de la esquina.

Allí, el periodista estalló:

—¡Maldita sea! Hace menos de media hora invité a desayunar a la chica más bonita y excitante que he conocido nunca. En su lugar el destino me coloca a un gorila sin modales. Y ni siquiera estamos a finales de mes. ¿Qué haces con el dinero de tu paga, sargento, te lo juegas a los pencos o qué?

—Hablas muy bien, Matt.

—Ya So sé.

—Y estás de un humor de perros. ¿Por qué, por esa dama que no ha querido desayunar contigo? O quizá la invitaste a algo más que a desayunar… Por ejemplo, a acostarse contigo. Es tu costumbre.

Matt suspiró.

—Hoy tengo el día —dijo de mal talante—. Bueno, al infierno con eso. ¿Qué hay de Geoffrey Lundgren?

—Nada.

—¿Nada? Por lo menos, sabemos que está muerto. ¿O la policía ni siquiera se ha enterado todavía?

El sargento ladeó perezosamente la mirada.

—Sigue así y pagaras algo más que el desayuno.

Empezó a comer tan pronto les sirvieron. Sin ningún apetito, el reportero le imitó y no pronunciaron una palabra hasta el momento de saborear el café.

Entonces, sin necesidad de estímulo, el policía dijo:

—Lundgren conducía un auto deportivo a casi doscientos kilómetros por hora. Un Porsche tipo Carrera, creo que se llamaba ese juguete. Además, estaba asquerosamente borracho. ¿Te sorprende que conduciendo en estas condiciones se despeñara por un barranco?

—En absoluto, si realmente estaba borracho. Sé que era un conductor muy bueno estando sobrio. Había ganado no pocos rallyes en su vida. Pero entonces no debía estar bebido.

—¿Era tan bueno como eso?

Matt le miró de reojo.

—¿No lo sabías o qué?

—Alguien lo mencionó.

—Oye, polizonte, no juegues al gato y a! ratón conmigo. ¿Qué pasa con todo este asunto?

Darrel suspiró.

—Si el hermano pequeño del muerto está «realmente» en Europa, nada, no pasa nada. Si resulta que está aquí, entonces quizá las cosas cambien un poco.

Matt se enderezó, súbitamente alerta.

—Ahora empiezas a decir algo.

—Personalmente, estoy convencido de que ese accidente fue algo más.

—¿Asesinato?

—Tal vez homicidio sería más exacto.

—Pero él viajaba solo en el coche. ¿O no?

—Completamente solo. Regresaba de una fiesta, para llamarla de algún modo decente. Allí tuvo una violenta escena con su amante de tumo, una dama explosiva como un cartucho de dinamita. De manera que sal» furioso y echando chispas, ¿entiendes?

—Hasta aquí, sí.

—Bueno, en la curva de Mountain Point, otro coche salió del viraje en dirección contraria. A juzgar por ¡as señales de las neumáticos, casi le empujó hacia el abismo.

—¡Demonios! Asá que fue eso...

—Pero no vayas a publicarlo si no quieres verte metido en un lío de todos los diablos. Nadie vio nada, no hay testigos. Y bien pudo tratarse realmente de un accidente provocado sin intención por otro conductor tan idiota y temerario como Lundgren.

—Entiendo. Por eso estáis buscando al hermano...

—Hereda tantos millones que le dará vértigo contarlos. Hemos de cubrir todas las posibilidades.

—Pero tengo entendido que se encuentra en París.

—Eso dicen.

—Y tú, ¿qué dices?

—Creo que he dicho más que suficiente ya. Si el hermano está en París, se dará carpetazo al caso. Es todo, Matt. Paga el gasto que he de volver a la oficina.

Refunfuñando, el periodista pagó la nota y siguió a su amigo a la calle.

En la oficina estaba sonando el teléfono cuando entraron. Darrel Io descolgó de un manotazo.

—Hable — gruñó.

Estuvo escuchando unos instantes. Dijo algo que Matt no entendió y al fin depositó el auricular en el soporte.

—No hay caso —anunció—. Amos Lundgren está en París desde hace casi dos meses. Comprobado y sin la menor duda.

—Ya veo...

—Estas cosas suelen suceder a veces. Montas un caso sobre un cúmulo de indicios, sospechas y suposiciones, y de repente se te viene abajo como un castillo de naipes.

—Pero tú reconoces que otro coche casi le empujó fuera de la carretera...

—Y no cabe duda sobre eso. Pero, personalmente, opino que fue algo fortuito. Otro conductor lanzado a toda velocidad, o tan bebido como Lundgren. Los dos coches que salen disparados en la curva, en direcciones opuestas. Sólo que Lundgren se encontraba en el lado del

barranco y el otro no. Punto.

Resignadamente, Matt se encaminó a la puerta.

Dijo como despedida:

--Gracias de cualquier modo por dejarme pagar tu desayuno, sargento, aunque no me hayas ayudado en nada.

—No hay de qué.

Cuando cerró la puerta, oyó la risita del policía.

Refunfuñando su disgusto, se dirigió a la redacción del periódico dispuesto a quitarse de encima el engorroso problema con cuatro vaguedades que no le comprometieran a nada más.

CAPITULO III

Matt acabó con el café, desplegó el periódico y sin ningún interés especial comenzó a leer los titulares.

Estaba cansado y no había razón para ello, a menos de tomar en consideración los excesos amorosos de costumbre, y el whisky, y el trabajo...

Pensó que estaba haciéndose viejo y la idea le desazonó.

Una voz como una música dijo tras él:

—No hay nada sensacional esta mañana, Matt.

Ladeó la cabeza y sonrió.

—Hola, encanto. Siéntate aquí. Creo que eres justamente lo que necesitaba esta mañana.

Sara Helm acercó una silla. Pidió su desayuno al mozo y luego volvió a fijar su atención en el reportero.

—¿Por qué me necesitabas, Matt?

—Porque estoy deprimido. Me siento como un viejo de mil años o algo así.

—Qué cosas. Quizá, si te decidieras a llevar una vida un poco más regular te sentirías mejor.

—No me sueltes un sermón moralizante, nena. No podría soportarlo.

Ella se encogió de hombros y le quitó el periódico de las manos.

Matt se extasió contemplándola a placer. Era endemoniadamente bella y no había que darle vueltas. Esa chica hubiera podido hacer de él lo que hubiese querido... si hubiera querido hacer algo, naturalmente.

De repente la vio erguirse en la silla y le espetó:

—¿Estás leyendo mi reportaje sobre...?

—Amos se casó.

—¿Qué?

—Mi primo Amos. ¿No te acuerdas de él? Hace un año estaba en Europa, cuando su hermano se mató en un accidente.

—Oh, claro que Io recuerdo. Tú te ocupaste de todos los trámites. ¿Se ha casado?

Ella frunció el ceño y una mirada furiosa asomó a sus bonitos ojos.

—No lo comprendo... Ni siquiera se dignó decírmelo. Después de todo lo que hice...

—Los millones insensibilizan a cualquiera. Por otra parte, hace un año de todo aquel embrollo. La gente olvida.

—¿Sabes una cosa? Me alegro de haber dejado la sección de sociedad del periódico.

—¿A qué viene eso?

—Me habrían encargado a mí cubrir la información. Ahora le ha tocado la china a Diana Greel.

Apartó el periódico a un lado cuando le sirvieron y no volvió a ocuparse del tema, escuchando distraídamente la charla de su compañero.

Más tarde, cuando terminó con el café, volvió a echar un vistazo al resto de la información sobre la boda de su primo y comentó: —Caray, se van a vivir a la vieja residencia de sus antepasados, en Massachusetts.

Se enfrascó en la lectura del reportaje sobre la boda del millonario, escrito en un tono dulzón, empalagoso hasta hacerse insoportable.

Acabó tirando el periódico sobre Ia mesa. Matt dijo:

—No te sulfures, cariño. Recuerda que hace unos meses eras tú quien escribía esta basura.

—¡Yo nunca escrita de ese modo!

—Admitido. Oye, ahora que se me ocurre. ¿Qué es eso de una residencia de antepasados en Massachusetts?

—Una casona antigua. Apenas la recuerdo, porque sólo estuve allí un par de veces, siendo una niña, con mis padres.. Me infundía espanto.

—¿Por qué, había fantasmas?

—Yo pensaba que sí.

—Ya veo.

—La llaman Black House.

—También son ganas. ¿Qué pasa, está pintada de negro?

—No, por lo que recuerdo. Pero es sombría... Está muy próxima a una zona pantanosa llena de bosques... Aunque pienso que será el lugar ideal para mi primo.

—¿Por qué?

—Es espiritista o algo así.

Matt enarcó las cejas y luego se echó a reír.

—Quizá se ha casado con una médium, ¿eh?

—Ella se llama Madeleine Vanee, según el reportaje.

—¿Vanee? Madeleine Vanee... Yo he oído ese nombre en alguna parte...

—Matt, no salgas ahora con que es una de las visitantes de ese antro que tú llamas apartamento porque te tiraré algo a la cabeza.

—¡Ya empiezas otra vez! Todo eso son infundios, calumnias, nena. Si te dignases acompañarme a casa en cualquier momento podría demostrarte que se trata de un simple apartamento de soltero, inocente y limpio.

—No me digas.

—¿Esta noche?

—¿Qué?

—Si vienes esta noche verás que...

—Olvídalo.

—Pero, ¿qué clase de sátiro crees que soy?

—Justamente un... ¡Eh, mira quién acaba de entrar!

Refunfuñando, Matt giró la cabeza y descubrió a la mujer.

—La autora del brillante trabajo de sociedad —dijo sin ningún entusiasmo—. No es una mujer que me entusiasme.

Sara agitó la mano hasta que la recién llegada les descubrió. Se besaron efusivamente, Matt gruñó un saludo y cuando quiso darse cuenta Diana Greel estaba sentada a la mesa y encargaba un abundante desayuno.

Sara Helm dijo con voz arrulladora:

—Acabamos de leer tu reportaje sobre la boda de Amos Lundgren, querida. Debió ser una fiesta encantadora...

—¡Adorable, fue algo adorable! Lástima que tú no estuvieras allí, Sara. Yo pensé que te habrían invitado siendo de la familia...

Sara enseñó los dientes en una sonrisa que más pareció una mueca.

—No nos relacionamos mucho, tú sabes.

Diana Greel era una mujer que había dejado atrás los cuarenta años, aunque realizaba heroicos esfuerzos por disimularlo. Se decía en los ambientes periodísticos que, excepto en contadas ocasiones, sus reportajes encerraban tanto veneno que eran capaces de intoxicar hasta a una mofeta.

Matt gruñó:

—Cuéntanos cómo fue la cosa.

—Oh, bueno, si has lado mi reportaje ya lo sabes todo. El es un hombre encantador, de veras, aunque un poco introvertido, diría yo. Y la novia... ¡Dios mío! Vestía como una reina en el día de la coronación. ¡Qué joyas! Y qué tipo.

—¿Tipo? —saltó Matt—. ¿Quieres decir que tenía un buen tipo?

—Es algo más que eso. Una mujer fascinante.

—¿Qué tiene que ver la fascinación con las curvas?

—Matt, no entiendes nada de nada en lo referente a mujeres — le espetó Sara, riéndose.

Diana hizo una mueca.

—Y no será que haya carecido de ocasiones para conocerlas a fondo, digo yo.

—Otra que tiene ideas preconcebidas sobre mí. Me largo.

—¡Eh, espera un minuto! Antes pasa por caja.

—Sí, ya sé esa historia

Hizo un gesto de despedida y las dejó solas.

Mientras caminaba hacia donde estaba su coche, Matt se devanaba

los sesos tratando de recordar dónde había oído antes el nombre de la flamante esposa de! millonario.

Madeleine Vanee…

Seguro que no era la primera vez que ese nombre aparecía en su camino.

Madeleine Vanee…

De pronto, Ia comprensión estalló en su mente y casi pegó un brinco en medio de la acera.

Dio media vuelta y cambió de rumbo.

CAPITULO IV

—Fue una descortesía por mi parte, Sara, lo reconozco. Tal vez en otro momento pueda decirte algo más concreto para que me disculpes.

Sara Helm sonrió mirando a su primo. Era una sonrisa capaz de derretir un iceberg.

—Olvídalo, querido, no es nada que me haya quitado el sueño. A decir verdad detesto esta clase de fiestas. ¿Cuándo conoceré a tu esposa?

—No creo que tarde en bajar. Ha sido toda una sorpresa tu llegada aquí, querida prima Nunca olvidaré lo que hiciste hace un año en aquellas trágicas circunstancias.

—Tú estabas en Europa. Alguien debía ocuparse de todo.

El asintió. No parecía muy seguro de sí mismo.

Sara miró en tomo, a los severos muebles de la vieja estancia. Esbozó un gesto incierto y murmuró:

—Está tal como lo recordaba.

—Apenas ha cambiado nada.

—La última vez que estuve en esta casa yo era una chiquilla. Recuerdo que me infundía espanto, tan sombría y aislada.

—¿Te contaron las viejas historias de fantasmas y aparecidos, es por eso que tenías miedo?

—No, nadie dijo nunca nada de eso. ¿Es que hay historias de fantasmas en tomo a la casa?

El se encogió de hombros.

—Ya las he olvidado —gruñó—. Y ahora, querida Sara, ¿por qué no me dices francamente qué te ha traído aquí?

La muchacha sostuvo su mirada y una lenta sonrisa afloró a sus labios.

—Bueno, no sabía cómo enfocarlo... ni cómo lo encajarías tú.

—¿Tan mala es Ia cosa?

—Depende.

—De cualquier modo, suéltalo y lo veremos.

Ella asintió con un gesto. Luego, no muy segura de cómo terminaría la cosa, dijo:

—El responsable de que yo esté aquí es el director de mi periódico. Quiere un reportaje sobre ti, sobre tu vida actual, tus aficiones, manías y gustos. Ya sabes lo que es eso. Dijo que yo podría hacerlo mejor que nadie gracias a nuestro parentesco. Podría hacerlo desde dentro, ¿entiendes?

Amos Lundgren hizo una mueca de disgusto.

—Ya veo —grufló—. No es nada que me entusiasme.

—Puedes negarte, naturalmente.

—No, dejaré que hagas tu trabajo, aunque sólo sea como compensación por mi descortesía al no invitarte a la boda. Te quedarás aquí el tiempo que crea necesario.

—Gracias, Amos.

—No me las des. Ven, te mostraré tu cuarto y después te presentaré a mi esposa y a un matrimonio amigos nuestros que también pasan unos días con nosotros.

Obedientemente, Sara Helm siguió a su primo escaleras arriba.

La casa se le antojó más sombría aún de lo que era en sus recuerdos.

El director enarcó las cejas, unas cejas como cepillos, y mascullό entre dientes:

—Si mal no recuerdo, la cosa fue idea tuya.

—Bueno, ahora no me parece siquiera una buena idea.

—¿Por qué?

Matt se encogió de hombros y expelió el humo del cigarrillo como una caldera a presión.

—Hay algo muy raro en todo este asunto —dijo pensativamente—. He averiguado no pocas cosas sobre esa dama y ninguna de ellas me gusta. Y hay una cantidad de millones en juego como para hacer temblar a los inspectores del fisco. Hay algo sucio en alguna parte.

—De cualquier modo, Sara está allí. Si tú estás en lo cierto es posible que ella lo descubra.

—¡Maldita sea! Eso es justamente lo que me preocupa.

—Ya veo. Pero siendo así, ¿por qué no fuiste tú personalmente en lugar de darme la lata hasta que envié a la chica?

—Porque a mí no me hubieran dejado entrar siquiera.

—Claro. Pero ahora ya no puedes hacer nada, sólo esperar que Sara envíe su primera crónica, o escriba aunque sólo sea una carta. Entonces veremos si estás equivocado.

Matt soltó un gruñido y antes de abandonar la oficina del director del periódico refunfuñó:

—Llámeme si recibe alguna noticia.

—¿Adónde vas ahora?

—A la universidad.

—¿Qué? Oye...

La puerta ya se había cerrado detrás del reportero.

Matt condujo bajo un cielo plomizo que amenazaba lluvia. Pensó que eso también hacía juego con su sombrío estado de ánimo.

En la universidad hizo algunas preguntas y fue introducido en un despacho cuyas paredes estaban repletas de estanterías conteniendo una cantidad increíble de libros viejos. Dudó de que alguien los hubiera leído alguna vez.

La puerta volvió a abrirse poco después para dejar paso a un hombre viejo, delgado y fibroso. Luda largos cabellos blancos y unos ojos vivos y llenos de curiosidad.

—Soy el profesor Barton —se presentó a sí mismo con voz profunda—. Creo que usted deseaba verme.

—Así es, profesor. Mi nombre es Matt Taylor. Soy periodista.

Una sonrisa picara alegró la cara del viejo.

—Lo sé, suelo leer sus reportajes; ¿sabe usted? A pesar de que mis colegas lo consideran una frivolidad de mal gusto. Ellos creen que la crónica criminal no es materia adecuada para sesudos varones universitarios.

—Ni para ilustres historiadores como usted —rió Matt.

—¿Ha venido a verme en mi calidad de historiador?

—Ni más ni menos. Me interesa una vieja casa de carácter histórico, y alguien me dijo que existe un catálogo de casas de este tipo, pero en la biblioteca no pude encontrarlo.

—¿Dónde está la casa?

—En Massachusetts. Incluso tiene un nombre: Black House.

—No es un nombre que me gustase ponerle a mi hogar... Es cierto que hay muchos antiguos edificios catalogados, pero tan sólo los que por un motivo u otro han tenido que ver con nuestra historia O los ejemplares que son auténticas joyas arquitectónicas.

—¿Es posible averiguar si ése en concreto está registrado, profesoˆ

—Claro. ¿Cómo se llaman sus propietarios?

—Lundgren.

—¿Y el nombre de quien Ia construyó?

—No tengo idea, aunque es posible que siempre haya pertenecido a la misma familia.

—Bueno, veremos.

El profesor se levantó. Sus movimientos eran ágiles a pesar de su edad. Estuvo más de dos minutos examinando unos estantes repletos de libros de apariencia desastrada, Cuando se decidió tomó uno de ellos y dijo: —Si hay algo sobre esa casa de Massachusetts tiene que estar aquí.

Matt sonrió.

—¿Indicará también si contiene algún fantasma?

—Posiblemente. En las descripciones suelen incluirse las leyendas locales que rodean la mansión... Ah, aquí está, Black House en Massachusetts, condado de Armach. Una región pantanosa si no recuerdo mal.

Leyó para sí la breve reseña y sacudió la cabeza.

—No hay mucho que digamos...

Terminó de leer y levantó la mirada.

—Según consta en este registro, la casa fue construida en 1759 por

un tal Leví Lundgren, que fue uno de los pioneros de la independencia La mansión tiene carácter más o menos histórico porque fue parcialmente destruida por las tropas del general Gance durante la guerra, y reconstruida más tarde siguiendo fielmente el modelo original. Leví Lundgren organizó reuniones independentistas, por lo que se ganó la persecución de los ingleses. Hay también una lista de las obras de arte que contenía en la fecha en que fue redactado el catálogo...

—Eso no me interesa. ¿Ha pertenecido siempre a los Lundgren?

—Siempre.

—¿Eso es todo lo que hay?

El profesor esbozó una sonrisa.

—Existe otro detalle —dijo con ironía—. Supongo que por eso está usted aquí. En el año 1782, el heredero de los Lundgren, llamado Geoffrey, fue asesinado. Su propia esposa fue acusada del crimen y ejecutada en la horca en enero de 1783...

Matt se enderezó súbitamente interesado.

Antes que pudiera formular ningún comentario, el viejo historiador añadió:

—Después se descubrió que ella era inocente, y que el asesino era un hermano de Lundgren, quien había tramado el doble crimen para quedarse con la mansión y el resto de la cuantiosa herencia —¿Y el heredero asesinado se llamaba Geoffrey?

—Por lo menos, así consta en este libro.

—Es curioso...

—¿Por qué? Eso es algo que sucedió en 1783.

—Sin embargo, otro heredero llamado Geoffrey Lundgren murió hace ahora un año en un accidente de coche.

—Sí que es una curiosa coincidencia...

—¿Cómo se llamaba la mujer que fue ahorcada?

El viejo volvió a leer algunas líneas en el libro.

—Carol.

—Ya... Por un instante pensé que se había llamado Madeleine. Hubiera sido el colmo de las coincidencias. Gracias por atenderme, profesor.

—Espero haberle ayudado en lo que sea que anda usted buscando.

—Me ha ayudado, aunque maldito si sé en qué ni cómo.

El historiador le acompañó a la salida y Matt atravesó el jardín en busca de! coche, más pensativo que a su llegada.

Cuando entró en su apartamento anochecía. Miró en torno, con una extraña sensación de desvalida soledad.

Preparó un whisky y fue a tumbarse en el diván. Fumó un par de cigarrillos pensando en esto y aquello, presa de una extraña desazón, una inquietud cuyo origen no lograba explicarse.

Al fin, fastidiado, buscó un número de teléfono en su pequeña agenda y lo disco.

Tardaron mucho a responder. El dijo:

—Deseo hablar con Sara Helm, por favor.

—Aguarde un momento...

Sonaron unos ruidos, un murmullo de voces, y después la muchacha preguntó:

—¿Quién llama? Soy Sara Helm.

—Hola, ángel.

—¡Matt!

—¿Cómo te tratan en ese antro donde vives?

—Muy bien. ¿Cómo va todo en el periódico?

—Sin ti, muy mal. Te echo de menos, sobre todo a la hora de pagar el desayuno.

La oyó reír. Luego, la voz se volvió cautelosa cuando dijo:

—Escucha, Matt, creo que voy a escribir algo verdaderamente bueno. Todo es muy extraño aquí.

—¿En qué sentido?

Hubo una pausa. Luego, Sara dijo con voz queda, apenas audible:

—Anoche vi algo...

—¿Qué, un fantasma? —rió él.

—Sí.

Se quedó helado. Por un instante miró el auricular como si el aparato estuviera gastándole una broma

—¿Entendí bien? Oye, eso no es propio de ti.

—Te lo contaré cuando te vea..., pero estoy segura de que vi algo que no era de este mundo. Y tengo miedo, Matt.

El arrugó el ceño.

—Aclárame eso, nena. Dices que tienes miedo... ¿De qué, de ese fantasma o de algo más real y concreto?

—De todo. Ojalá estuvieras aquí.

—¿Hablas en serio?

De nuevo hubo una larga pausa. Después, la voz de la muchacha surgió clara en su oído.

—Olvídalo, Matt, ya sé que es una tontería. Dile al jefe que enviaré mi primer trabajo esta misma semana.

—De acuerdo, pero me preocupas.

—Yo también estoy preocupada. Esta noche voy a asistir a una sesión de espiritismo.

—¿Qué? Oye...

—Adiós, Matt, están llamando para la cena.

Sonó un chasquido y la comunicación se cortó.

Refunfuñando, devolvió el auricular al soporte y durante largo rato permaneció inmóvil, pensando en lo que acababa de oír.

O Sara estaba perdiendo la chaveta, o su inexplicable inquietud empezaba a tomar visos de realidad.

Quizá fuera una buena idea largarse a dar un vistazo a la casa de los antepasados de la muchacha.

Habría que convencer al director. Kelly era un tipo más bien reacio a admitir corazonadas, pero de cualquier modo estaba cada vez más decidido.

Iría a Black House.

Ni por un instante sospechó que iba a dirigirse al mismo infierno.

CAPITULO V

La tormenta había estallado cuando estaban terminando de cenar. Primero fueron unas rachas de viento huracanado cuyo ímpetu estremeció el viejo edificio.

Después empezó a llover y el viento arrojó el agua contra los ventanales, rugiendo como una fiera herida.

Amos Lundgren comentó:

—Este es otro atractivo de esta región. Las tormentas parecen hundir el mundo en el momento menos pensado. Luego, todo queda en un poco de ruido y nada más.

Sara no replicó. Fue Ia deslumbrante esposa del millonario quien dijo:

—Querido, si a eso le llamas un poco de ruido, me pregunto qué será una tormenta de verdad.

Era una rubia de pechos y caderas opulentos. Tenía una piel como la seda y sólo su inquietante belleza podía disimular el rictus duro de su boca y la firmeza de su mentón. Los ojos eran azules, capaces de adoptar una expresión tan dulce como la de una gacela en celo.

La otra pareja que compartían la mesa se le antojaban a Sara un tanto extraños. De una edad semejante a la de todos, eran, sin embargo, mucho más introvertidos. Sólo hablaban cuando les parecía que el tema de conversación les atañía personalmente, de lo contrario se limitaban a escuchar y asentir, o simplemente formular breves comentarios. Sara pensaba que ninguno de los dos habría ganado jamás un concurso de popularidad, John Jennings, el marido, era un individuo de maneras reposadas. Lo único que destacaba en él era su mirada penetrante. Sus ojos negros parecían captar sin verlo todo lo que sucedía a su alrededor.

Su esposa, Louise, era de una belleza más bien diluida. No habría destacado nunca ni por su apariencia ni por su conversación. A Sara la intrigaba cada vez más la razón de que dos seres tan distintos de su primo y su flamante esposa estuvieran allí, pasando unos días en plena luna de miel de la pareja.

Un trueno estalló con un estruendo que hizo temblar los cristales. Las luces oscilaban como si fueran a apagarse. Luego volvieron a estabilizarse y Amos refunfuñó: —Lo único malo de este tiempo es que, en ocasiones, un rayo cae sobre los cables de la luz y nos quedamos a oscuras. Son cables viejos y toda la instalación de esta parte del estado debería ser modernizada. Pero, por lo general, la avería suele durar poco.

John Jennings gruñó:

—Supongo que sería ideal que, para tu sesión, estuviésemos a

oscuras esta noche.
—A la luz de las velas—rió su mujer.
Amos frunció el ceño.
—Me temo que no tomáis muy en serio lo de esta noche. De cualquier modo nos alumbraremos con velas para la sesión, haya o no luz eléctrica.
—Ya entiendo.
Sara se limitaba a escuchar, observándoles con cautela. Estaba segura que entre todos ellos existía una suerte de tensión que a veces se manifestaba en sus miradas, o en un gesto imprevisto y seco, o en todo lo contrario, en la manera de desviar los ojos. Estaba realmente intrigada.
La luz de un relámpago pareció incendiar los ventanales.
Madeleine, la flamante esposa del dueño de la casa, casi se levantó de un brinco.
El estampido del trueno resonó igual que una batería de cañones. Amos gruñó:
—Está creciendo. Con un poco de suerte asistiréis a una tormenta de verdad, además de a mi sesión de espiritismo...
Louise murmuró:
—Ninguna de las dos cosas me entusiasma.
Amos se echó a reír.
—¿Tienes miedo, Lou?
Ella se encogió de hombros por toda respuesta.
Ahora, los relámpagos se sucedían con amenazadora intensidad. Amos, levantándose, dijo:
—Cerraré los postigos.
Más allá de los cristales, bajo el llameante fulgor de la tormenta, la lluvia era una sólida cortina densa y gris que lo cubría todo.
Amos Lundgren se detuvo un momento. Luego, empezó a cerrar los postigos y comentó:
—De cualquier modo es impresionante...
Su voz se quebró y le vieron ponerse súbitamente rígido.
Por primera vez fue Sara quien habló:
—¿Qué sucede, Amos?
—No lo sé... Juraría que alguien caminaba ahí fuera.
—¿Con este tiempo?
—Debe haber sido un efecto óptico producido por los relámpagos y las sombras de los arbustos. Pero parecía alguien alto y vestido de negro..., alguien con una capa o algo así.
Estuvo escrutando el exterior durante unos instantes y al fin cerró los postigos, volviéndose.
—Es curioso lo que pueden hacer ver los chispazos de luz y las sombras.

John Jennings gruñó:

—¿Te parece que alguien en sus cabales andaría paseándose bajo semejante diluvio?

—Por supuesto que no.

Sara no apartaba la mirada de su primo. Pensó que era el momento de hablarle de su experiencia de la pasada noche. Debía decírselo... una figura alta, negra e informe con extraños ojos rojizos, como pequeñas llamas...

En aquel instante el bramido del viento, el estrépito de la lluvia y sus voces, todo fue ahogado por el formidable estallido de un trueno. Las luces volvieron a oscilar, se amortiguaron un instante y después quedaron a oscuras.

Madeleine soltó un gritito. Louise Jennings barbotó:

—Era lo único que faltaba...

—Tranquilos, eso durara poco —dijo Amos—, Traerán velas de todos modos.

Se quedaron inmóviles donde estaban, oyendo el fragor horrísono de la tormenta, esperando la luz.

Sara se sorprendió pensando en Matt y en que sería una gran cosa tenerlo al lado.

Y justo en aquel instante la cosa sucedió.

Le pareció que un aire helado y quieto la envolvía. Una sensación nunca antes experimentada. Sintió el frío penetrarle hasta los huesos, aguijonearle la nuca.

«No podrán hacerte daño, Carol.»

Dio un respingo. Aquellas palabras habían resonado junto a su oído.

«No temas. Estoy aquí.»

La sensación de hielo en la carne se agudizó hasta el dolor, insoportable. Luego, cesó tan súbitamente como había empezado.

—¿Quién dijo eso? —exclamó con voz débil.

De la oscuridad le llegó la voz de Amos.

—¿Quién dijo qué, Sara?

—Alguien me habló con voz queda...

—Yo no oí nada —aseguró John.

—Ni yo... ¿Qué fue lo que oíste?

—Me pareció una voz...

—Estás nerviosa. Los relámpagos. Ia oscuridad... Tranquilízate, Sara, no pasara nada. ¿Dónde demonios están tos sirvientes?

Como si hubiera estado esperando detrás de la puerta, un sirviente abrió. Llevaba dos candelabros con velas encendidas.

El reloj comenzó a desgranar las campanadas de las once de la noche.

Amos refunfuñó:

—¿Alguien ha verificado los fusibles, Gannet?

—Desde luego, señor. La avena es exterior.

—Está bien, ocúpese de que haya luces en todos los dormitorios. Sirvan el café en el salón y después pueden retirarse todos. Dígaselo a las mujeres.

—Así lo haré, señor.

El hombre se retiró en silencio.

La luz de las velas dejaba la mayor parte del comedor en sombras.

Madeleine se levantó. No parecía tan radiante como de costumbre.

—Me crispa la oscuridad, querido. Voy a mi cuarto hasta la hora del experimento para descansar un poco. Llámame cuando estés dispuesto para empezar.

—Te acompañaré.

—No, de veras no es necesario.

Los Jennings también se levantaron.

—Llámanos también cuando decidas iniciar la sesión. No te sorprendas si nos encuentras dormidos...

Abandonaron el comedor en fila india seguidos por la mirada burlona de Amos Lundgren, quien sacudió la cabeza con desaprobación.

—Pusilánimes. Se asustan de una tormenta.

Sara encendió un cigarrillo.

Dijo suavemente:

—Ahora que estamos solos, Amos, dime una cosa.

—¿Qué?

—¿De veras pretendes hacemos creer en fantasmas?

—No seas estúpida tú también, Sara. No hay nada fantasmal en una sesión de espiritismo.

—Sospecho que ellos no te toman en serio.

—Eso ya lo sé, pero, ¿y tú?

—Francamente, no sé qué pensar. El clima de esta casa sería ideal para invocar a seres de otro mundo, eso hay que reconocerlo. Y luego, la tensión del ambiente.

—Y la tormenta — rió él.

—Eso no tiene nada que ver, es una cosa perfectamente natural.

—Menos mal que hay alguien con sentido común... Ven, vayamos a tomar ese café. Luego aún he de efectuar algunos preparativos.

Ella le siguió hasta el salón, más reducido, donde el fuego en una antigua chimenea esparcía calor y rojizos resplandores, que ayudaban a desvanecer las tinieblas.

Había candelabros aquí y allá. Por unos instantes, Sara experimentó una agradable sensación de confortable intimidad.

Les sirvieron café y licores. Amos esperó a que saliera la joven sirvienta y luego preguntó:

—¿Te encuentras bien aquí, querida?

—Sí, gracias. Pero…

—¿Sí?

—Me sorprende que me admitieras en plena luna de miel.

—Oh, eso… Te echaría a empujones si fueras un estorbo.

Se echó a reír. Sara insistió:

—También me sorprende la presencia de los Jennings en estas circunstancias.

—Tonterías. Siempre han sido íntimos amigos de Madeleine y no molestan en absoluto. Son muy agradables y discretos. ¿No opinas igual?

—Supongo que tienes razón. Les conozco poco para opinar.

Poco después, él se levantó.

—¿Te importa quedarte sola? Tengo algunas cosas que hacer antes de la sesión.

—No te preocupes. Me encontrarás aquí.

Al quedar sola, Sara se estremeció. Estaba segura de haber captado aquella voz, y aquel frío terrible envolviéndola cual un viento helado.

Y luego estaba la aparición que creyó ver en su propio dormitorio… La silueta negra de alguien con ojos de fuego.

¿O lo había soñado?

La estancia en la casona resultaba cada vez menos atractiva. Otra vez pensó en Matt.

CAPITULO VI

Amos Lundgren dijo con voz calmosa:

—Por supuesto, no hay nada que temer en una sesión de espiritismo. Unicamente la tensión que cada uno sufrirá al tener que concentrarse mentalmente con toda su capacidad. Por lo demás, es posible que no obtengamos nada positivo esta primera vez.

Estaban en una habitación cuadrada, con las paredes y el techo cubiertos por tapices negros. También era negra la moqueta que cubría el suelo.

En el centro geométrico del cuarto había una mesa redonda, también negra. En tomo a ella, las sillas precisas.

Los invitados a la sesión miraron en torno estupefactos. Amos Lundgren señaló a cada uno su silla, mientras, apagado, se escuchaba el fragor de la tormenta y el estallido de los truenos. La estancia era interior, no tenía ventanas y cada uno sentía un principio de claustrofobia, porque una vez cerrada la puerta era prácticamente invisible.

Sara se estremeció al sentarse. No estaba asustada, pero sí nerviosa porque no podía olvidar lo que creyó ver en la oscuridad de su cuarto, ni las extrañas palabras susurradas en su oído no sabía por quién, ni aquel frío helado que la envolvió durante unos fugaces instantes en la oscuridad.

La iluminación del escenario se limitaba a cuatro enormes candelabros, uno en cada esquina.

Amos esperó a que todos se hubieran sentado. Dijo:

—Unamos nuestras manos.

Sara sintió la mano derecha apresada por John Jennings. La izquierda se cerró en tomo a la de Louise.

Amos Lundgren paseó la mirada por todos ellos.

—Muy bien —decidió—. Pensemos tan sólo en la evocación de los espíritus, en el poder de ese mundo que deseamos conocer. El mundo de los espíritus...

Calló y se hizo un silencio inmenso. Luego, el primo de Sara volvió a hablar con una voz apenas audible, palabras y palabras que sonaban como una salmodia y que para la muchacha no significaban nada. En su mano izquierda notaba el ligero temblor de la mano de Louise Jennings.

La mujer temblaba. A Sara no le había parecido que Louise fuera precisamente una mujer pusilánime, sino que era fuerte y terca. Tenía miedo. ¿De los espíritus que Amos pudiera invocar?

Le pareció que no.

Entonces, ¿de qué?

En las danzantes sombras del cuarto, con un silencio que el sordo murmullo de su primo acentuaba, Sara trató de verle la cara. Era sólo una mancha blanca en la penumbra.

Amos se irguió en su silla. La voz con que murmuraba su extraña invocación se agudizó y pronunció un nombre: —Geoffrey...

Alguien dejó escapar un leve quejido al oírlo.

Amos lo repitió, más apremiante.

—¡Geoffrey!

Luego, su cuerpo sufrió una tremenda sacudida y quedó rígido, los ojos cerrados y los labios entreabiertos, tenso como una tabla Sara le observó por entre sus párpados entornados. Le vio pálido, ceniciento. La mano de John en la suya se había puesto también dura y rígida, y el temblor de la que encerraba su izquierda era ahora casi violento.

Y entonces sucedió algo más. Notó la presión bajo las manos, como si la mesa empujara hacia arriba, igual que si una fuerza desconocida la levantara.

Apretó los dientes dominando su deseo de gritar.

Amos balbuceó con una voz aguda:

—¡Háblame, Geoffrey, háblame...!

La presión de la mesa aumentó. Comenzó a elevarse poco a poco, alzándoles las manos. Sara notó otra vez aquel viento helado en la nuca, como ya le sucediera antes.

La mesa siguió elevándose hasta que todos ellos empezaron a mirarse espantados, excepto Amos, que continuaba con los ojos cerrados, tenso, inmóvil. Pero seguían manteniendo sus manos unidas. Sara intentó hacer presión hacia abajo y se dio cuenta de que la fuerza que impulsaba la ascensión de la mesa era invencible.

Iba a levantarse cuando Madeleine no pudo contenerse por más tiempo. Dio un grito con una voz aguda como el filo de un cuchillo. Las manos se separaron y la mesa cayó al suelo con sordo estrépito.

Amos pareció despertar de un profundo sueño. Estaba lívido y furioso.

—¡No debiste gritar! —exclamó—. Has roto la concentración. Casi lo tenía... Io sentía más cerca que nunca.

—¡No pude soportarlo! —se excusó su esposa.

—¿Soportar qué?

—¡La mesa! ¿Es que no te diste cuenta?

—No. ¿De qué estás hablando?

Fue John quien replicó con cierta violencia.

—De la mesa que se alzaba por arte de magia. ¿Dónde está el truco, Amos? Llegó casi a la altura de*mi nariz.

—La mesa...

—¡Diablos, deja el teatro a un lado! ¿Cómo lo consigues?

Sara se sobresaltó. Le pareció que esa desconsiderada manera de

dirigirse al dueño de la casa no era propia de alguien correcto y educado, pero Amos no pareció advertir la violencia de su invitado.

Se levantó poco a poco, tenso.

—Sabía que algo iba a suceder. Juro que lo sabía. Sentía su espíritu más próximo que nunca. En todas las ocasiones anteriores que lo intenté no obtuve nada. Un fracaso. Menos esta vez, y tú lo has estropeado al gritar.

Sara murmuró:

—¿No es un truco. Amos?

—¿Qué truco ni que...? —estaba furioso—. ¡Oh, al diablo con todos! No comprendéis nada. ¡Trucos! Los espíritus no necesitan trucos para manifestarse. Sólo concentración y voluntad para llamarlos, para desear que se nos manifiesten del modo que sea.

—¿Y el aire helado?

Todos le miraron estupefactos.

—¿De qué hablas?

—Noté como un soplo de aire helado en la nuca, y en torno a mí. Amos. Y es la segunda vez esta noche. La primera fue en el comedor, cuando alguien me habló.

—Tonterías —refunfuñó John—, Nos hemos puesto nerviosos y acabaremos viendo fantasmas realmente. No consigo explicarme lo sucedido con la mesa, pero el fenómeno de la /evitación puede tener algo que ver con eso, a menos que haya un mecanismo capaz de levantar la mesa de algún modo.

—Busca ese mecanismo si eres tan tonto como para creer en él —gruñó Amos—. Te autorizo a desmantelar la mesa, incluso a levantar el suelo. Lo que quieras.

Louise había recobrado la voz y preguntó:

—¿Qué nombre pronunciabas, Amos?

—El de mi hermano. Siempre he intentado comunicarme con él desde que murió, pero jamás había obtenido el menor éxito. Excepto hoy. Sé que estaba aquí, que iba a manifestarse de algún modo.

Hubo un murmullo de incredulidad. Al fin, Sara sacudió la cabeza y decidió:

—Voy a acostarme, ya tengo suficiente por esta noche.

Las dos mujeres y el dueño de la casa salieron en silencio. John Jennings se entretuvo encendiendo un cigarrillo y al quedar solo apartó las sillas de la mesa y, arrodillándose, se metió debajo.

Examinó el suelo pulgada a pulgada. Luego hizo lo mismo con la mesa sin descubrir nada que pudiera explicar que aquel pesado y antiguo mueble se hubiera levantado, por sí mismo, sin ninguna ayuda.

Pensativo, abandonó también la sombría estancia. Había candelabros por toda la casa creando fantásticas sombras aquí y allá.

John Jennings estaba francamente intrigado… y preocupado.

Justo cuando llegaba al salón, la electricidad volvió y las lámparas se encendieron mostrando los pálidos rostros de su mujer, de la hermosa Madeleine y de Amos, éste hundido en una butaca y sosteniendo un vaso en la mano.

Sin una palabra, él fue a prepararse un whisky.

Fuera, la tormenta ruga con intensidad y la lluvia redoblaba contra los cristales, persistente y monótona.

CAPITULO VII

Sara había cerrado la puerta con llave. Había comprobado que la ventana estuviera también perfectamente cerrada y sólo entonces, confusa e inquieta, había encendido un cigarrillo, tendiéndose sobre la cama.

Intentaba calmarse, aclarar sus ideas. No creía que su primo hubiera tramado una mascarada sólo para impresionarles. Por alguna extraña razón pensaba que Amos poseía cierto poder para invocar a seres del Más Allá, y eso lo confundía todo aún más de lo que estaba.

Y luego, aquel frío estremecedor. Y la voz. Y lo que viera en la noche...

Porque ya no dudaba ahora de que realmente lo había visto.

Acabó el cigarrillo. Si por lo menos Matt estuviera allí. Matt sabría cómo desvelar cualquier misterio. Era su trabajo, un gran reportero de sucesos cuya fama se había asentado sobre continuos éxitos. El sabría qué hacer.

Al fin se levantó. Empezó a desvestirse aún inmersa en un mar de dudas. Decidió que por la mañana llamaría a Matt y le pediría que viniera.

Cuando se deslizó entre las frescas sábanas dudó entre apagar la luz o no. Fuera, la tormenta amainaba. Ya no estallaban lo6 truenos como antes, y la lluvia era ahora mansa y persistente, como un susurro en la noche.

Apagó la luz resueltamente, dio un par de vueltas entre las sábanas y cerró los ojos. Un minuto después estaba dormida.

No supo cuándo empezaba el sueño. Porque debía ser un sueño, porque no podía existir un mundo sin luz, poblado de negras sombras con ojos llameantes, como chispas de fuego, y tan frío y helado como el Polo.

Aquellas sombras negras no eran amenazadoras. La miraban y era como si quisieran decirle algo. Y la atmósfera helada, aquel viento polar...

Fue el frío lo que la despertó.

Estremecida, abrió los ojos para enfrentarse a la oscuridad del dormitorio. Y el frío estaba allí, era real, no el fruto de una pesadilla.

Recordaba muy bien que al acostarse la habitación estaba caldeada, excesivamente caldeada. Se había desnudado y entonces no sintió frío alguno.

No obstante, ahora el frío era insoportable.

Mientras intentaba librarse del aturdimiento del sueño, perezosamente, miró en tomo.

Así descubrió los dos flotantes puntos rojizos en la oscuridad del

cuarto.

El terror le impidió gritar. Una sombra imprecisa y negra se erguía como desgajada de las tinieblas. Una sombra cuyos ojos fueran dos brasas rojas.

Se incorporó buscando la llave de la luz. El frío casi la paralizaba. Fugazmente pensó que los seres de su pesadilla eran como aquella «cosa» que estaba allí, y en la pesadilla no les temía, no querían hacerle ningún daño.

—¿Quién está ahí? —exclamó con voz ahogada.

Al fin localizó el interruptor. Encendió la luz y el súbito brillo la deslumbró un instante. Luego, cuando paseó la mirada alrededor, no había nada. No había nadie. La sombra de ojos de fuego había desaparecido.

Saltó de la cama dándose cuenta de que el frío se esfumaba. La atmósfera era otra vez cálida y acogedora.

Dio unos pasos, indecisa. Estaba sola, de eso no cabían dudas. ¿Cómo era posible? Nadie podía filtrarse por unas paredes de piedra maciza.

Estremecida, se abrazó a sí misma. Al regresar al lecho se vio reflejada en el gran espejo y casi se sobresaltó de su propia imagen.

Sus largos cabellos acariciaban, sedosos, tos firmes senos, desbordándose de sus hombros. Pensó en aquellos ojos de fuego que quizá aún estuvieran viéndola, desnuda y adorable, y en medio de su nerviosismo estuvo a punto de echarse a reír. No obstante miró en tomo con temor.

No había nada ni nadie allí excepto ella, naturalmente.

Suspiró y antes de regresar a la cama dio una última mirada a su bellísima imagen reflejada en el espejo.

Sólo que en el espejo no había imagen alguna.

Aquello era imposible, porque ella estaba allí, erguida, desnuda y despierta. Tenía que reflejarse en el espejo.

Pero no era así. El espejo estaba vacío.

Dio un orito y retrocedió. Atrapó una bata y envolviéndose en ella corrió hacia la puerta.

Acababa de abrirla cuando sonó el alarido.

Débil, apagado por la distancia, el aullido fue no obstante tan agudo y terrible que llenó toda la casa.

Sobrecogida de espanto, Sara echó a correr por el pasillo.

*

La joven estaba caída en el umbral de su cuarto, en el pasillo, y cuando ellos llegaron las otras sirvientes la rodeaban espantadas.

Sara se arrodilló a su lado.

—Está desvanecida —dijo—. Hay que llevarla dentro... Los dos hombres la levantaron. El mayordomo apareció restregándose los ojos y se quedó mirando, asombrado.

Sara se volvió hacia las otras dos mujeres empleadas de la casa.

—¿Alguna de ustedes sabe lo que pasó?

—Nada, señorita. La oímos gritar y cuando salimos la encontramos ahí... desvanecida.

Sara y Louise entraron en Ia habitación. Amos dio un respingo.

—¿Dónde está Madeleine?

—La dejamos en nuestra habitación. No sabíamos con qué íbamos a encontrarnos —explicó distraídamente Louise.

Amos se enfrentó con los sirvientes agolpados en el umbral.

—Preparen café para todos, por favor — ordenó.

—¿Qué supones que Ia hizo gritar de aquel modo?

El se volvió hacia Sara.

—No tengo la menor idea..., pero hay extrañas presencias sobrenaturales a mí alrededor. Seres de otra dimensión sin ninguna duda.

Estaban junto a la cama Sara iba a replicar a Ia absurda salida de su primo cuando la muchacha desvanecida abrió los ojos. Unas pupilas desorbitadas.

Sara se inclinó sobre ella.

—Tranquilícese, no ha pasado nada. Sólo se desmayó.

—¡Estaba ahí... en el pasillo! —chilló.

—¿Quién?

—Esa cosa horrible...

Jennings gruñó:

—¿De quién está hablando?

—No lo sé... No sé siquiera «qué» era. Un ser monstruoso, casi una calavera con largos cabellos sucios, enmarañados...

—¿Una calavera?

—Sólo quedaban jirones de piel sobre los huesos. ¡Y estaba allí, mirándome con sus cuencas vacías!

Sara le sujetó las manos.

—Cálmese. Debió sufrir una pesadilla.

—¡Oh, no! Fue real... Primero oí un rumor en el pasillo, como si alguien hablara con voz jadeante. Una voz débil... Pensé que quizá se trataba de una de mis compañeras que se hubiera puesto enferma. Encendí la luz y abrí la puerta. ¡Santo cielo! El estaba en medio del pasillo mirándome sin ojos...

Jennings barbotó:

—Fue una pesadilla. ¡Maldita sea! Sacarnos de la cama por una tontería semejante.

Sara se volvió hacia él.

—Si fue sólo una pesadilla, ¿por qué esta muchacha se levantó, encendió la luz y salió al pasillo antes de gritar? Si hubiese sufrido una pesadilla habría gritado en la cama.

—No sabemos dónde gritó ni qué hizo exactamente.

La chica murmuró:

—Me marcharé de esta casa tan pronto amanezca, señor Lundgren. Lo siento...

Amos sacudió Ia cabeza.

—La comprendo. Y lo lamento, desde luego, pero no puedo obligarla a quedarse.

El mayordomo anunció que el café estaba preparado y que iba a servirlo en el salón.

Abandonaron la habitación uno tras otro.

Mientras les servían el café, Amos encendió la chimenea. No hacía fría pero el resplandor de las llamas pareció volver más acogedora la atmósfera.

Sara murmuró:

—Si todo fue solamente una pesadilla, la pobre mujer debió vivirla muy intensamente para llegar hasta el desvanecimiento. Hasta ahora nunca había sabido que nadie se desmayara en sueños.

—No empieces a perder el control tú también, querida —refunfuñó el dueño de la casa.

Jennings la miró despectivamente. Dijo:

—Yo pensaba que los periodistas eran gentes que tocaban siempre de pies al suelo, señorita.

—A mí me despertó esta noche una aparición. Y le aseguro que no me desmayé de milagro.

—Estarías soñando —decretó Amos—. Todos estamos muy nerviosos. Es mejor acostamos y tratar de dormir. Io que queda de noche.

—Ahora has dicho algo inteligente —aprobó Jennings, riendo.

Apuraron el café y los Jennings abandonaron la estancia hablando en voz baja.

Al quedar solos, Sara murmuró:

—Aunque no me creas, Amos, esta noche he visto una aparición. Tenía los ojos rojos, como pequeñas llamitas. Y no es la primera vez.

—Sara...

—¡Te digo la verdad! Cada vez que eso sucede me envuelve una sensación helada, como un viento del más allá... No sé cómo explicarlo.

El la miró preocupado.

—Quizá sea cierto. Esas fuerzas de que hablaba antes, esas presencias inaccesibles están cerca de mí, las puedo sentir. Agitadas, inquietas... Si pudiera entrar en contacto con ellas, Sara, entonces

quizá todo se aclarase.

—Entonces, inténtalo de nuevo pero sin contar conmigo. Empiezo a sentir cada vez más miedo, Amos.

—No tienes nada que temer, te lo aseguro.

—Prefiero no tener que comprobarlo. Buenas noches.

Amos quedó solo. El jamás había experimentado temor alguno hacia las fuerzas misteriosas del Más Allá que solía invocar.

Sin embargo, hubo de reconocer que un tema-agudo y mezquino comenzaba a hacer presa en él, en sus nervios. Incluso en sus convicciones.

Al fin, cabizbajo, se encaminó a su dormitorio.

CAPITULO VIII

La alcoba estaba sumida en penumbra. En su cama, Madeleine dormía profundamente.

Amos se deslizó hacia la cama gemela y despojándose de la bata se acostó.

Multitud de inquietantes pensamientos danzaban en su mente. Hubiera querido poder concentrarse más para desvelar sus propias inquietudes, pero de modo sorprendente éstas se alejaban, se desvanecían a medida que una honda somnolencia se adueñaba de todo su ser.

Así se quedó dormido.

O quizá sólo se hundió en un mundo de sombras donde reinaban los espíritus del terror y de la muerte.

Porque sólo en ese espantable mundo podía flotar aquella mano.

La mano que empuñaba un largo y afilado cuchillo.

No estaba seguro de eso sin embargo, porque parecía sumergido todo en una extraña neblina que desdibujaba todos los contornos.

Después, la neblina se desgarró y la imagen que surgió de la nada era la de Madeleine.

Madeleine dormida y confiada. Madeleine con su mágica belleza, sus largos cabellos desparramados por la almohada. Era tan bella como la misma tentación.

Entonces volvió a ver el cuchillo.

¡Se cernía sobre Ia hermosa imagen dormida!

Contuvo el aliento. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Cómo podía alguien pensar en destruir tanta belleza?

La mano y el cuchillo estaban cada vez más cerca, más cerca...

Quiso gritar. Aullar hasta la muerte para que ella despertara, para que aquella mano no descargara el golpe. Para que desapareciera volviendo al mundo a que pertenecía. El mundo de las pesadillas.

La blanca garganta de Madeleine tenía la piel suave, sedosa. El cuchillo chispeaba con una luz infernal.

Y la mano que lo empuñaba, ¿a quién pertenecía?

¡Aquella mano asesina!

¡Madeleine!

¡Despierta, Madeleine!

No podía gritar en ese mundo de silencio. No había sonidos, ni voces.

¿O no deseaba gritar?

La punta del cuchillo desciende despacio. Se detiene, apunta a la blanca garganta de Madeleine... Lo está viendo.

Y aquella mano crispada en tomo a la empuñadura del cuchillo.

Aquella mano…

Si al menos pudiera gritar.

Lo intenta. No consigue el menor sonido y ella sigue dormida.

El cuchillo oscila un segundo y después desciende como un rayo. Penetra en la garganta blanca con extraña suavidad, con increíble suavidad.

El gorgoteo de la sangre derramándose por la sábana, por la almohada. El acero sale desgarrando la carne, se eleva y desciende otra vez, y otra, y otra más, con delirio salvaje, y cada golpe abre un nuevo torrente de sangre roja como las llamas del infierno.

La mano se empapa de sangre. Es una mano roja la que empuña aún el puñal asesino.

¡Y es su propia mano!

¡La mano de un Lundgren!

*

Fascinado, miraba la cabeza doblada, casi separada del tronco. Era una fascinación que barría el horror, que atraía con la fuerza de un abismo.

Ya no manaba sangre. Toda la de aquel cuerpo la habían empapado las sábanas. Era asombrosamente fácil matar, desgarrar un cuerpo humano.

La cabeza yacía de costado. Tenía los ojos cerrados y una guedeja de cabellos rubios se empeñaba en velar los destrozos de la garganta.

Seguía mirando la cabeza cuando la muerta abrió los ojos.

Eran unos ojos vidriosos, muertos, como pobres cristales sin valor. No obstante miraban con hipnótica fijeza.

El empezó a temblar, a gritar sin voz todo el horror que le poseía. Había matado a Madeleine, se había bañado en su sangre y ahora los ojos le miraban, acusadores, muertos…

Como si formulasen una pregunta:

«¿Por qué?»

Sólo que él no tenía respuesta a esa pregunta.

Ninguna respuesta.

*

Sara dio vuelta en la cama, aún dormida. Después, sin saber exactamente por qué, despertó sobresaltada.

El alba recortaba el rectángulo de la ventana y diluía las sombras del cuarto. Más allá de los cristales vislumbró las grandes ramas del árbol centenario que se alzaba junto a la casa, majestuoso, y de cuyo follaje se desprendían gotas de agua.

Pero ya no llovía La tormenta había cesado.

Se preguntó qué la había despertado tan temprano. Empezó a recordar los sucesos de la noche pasada y se estremeció.

En aquel instante oyó aquella suerte de quejido al otro lado de la puerta.

Dio un brinco en la cama y quedó sentada. La sábana se deslizó hacia abajo dejando sus pechos al descubierto. Ni lo advirtió.

—¿Quién está ahí? — exclamó.

—Sara...

—¡Amos!

—Abre... por piedad...

Saltó fuera de la cama y corrió hacia la puerta. Se dio cuenta de que estaba completamente desnuda y se detuvo para envolverse en una bata.

Al fin abrió la puerta. Amos Lundgren entró dando traspiés.

Sara ahogó un grito de espanto. Su primo estaba empapado de sangre seca.

El se paró junto a la cama Se miraba las manos alucinado y movía la cabeza como un péndulo, como si fuera a caerle de los hombros.

—¡Amos! ¿Qué ha pasado?

No pareció oírla siquiera.

—¡Contesta, Amos! ¿Qué ha pasado, de quién es esta sangre? Porque tú no estás herido... ¿O sí?

—Ella..

—¿Quién?

—La he matado.

Sara contuvo el aliento. Miró a su primo de arriba abajo. Llevaba sólo el pijama y éste era todo él una enorme salpicadura de sangre seca.

—¿A quién has matado? —preguntó al fin, ahogando el pánico que empezaba a dominarla.

—Madeleine...

—¡No es posible. Amos!

—Está muerta. Yo... yo...

—¡Pero tú la querías!

—No sé cómo... No sé por qué... ¡Ayúdame, Sara!

Ella le miraba espantada, sin moverse.

—Me resisto a creerlo —balbuceó.

—¡Tienes que ayudarme! Sólo tú...

Recobró el movimiento. Arrebujándose en la bata exclamó:

—No te muevas de aquí, Amos. Y cálmate, por favor.

Salió de la habitación. El aún dijo:

—¡No vayas..., es horrible!

La puerta quedó entornada y Amos Lundgren oyó los rápidos pasos

de pies desnudos alejándose. Hubiera querido morir, librarse de tanto horror como le poseía, hundirse aunque fuera en el infierno para huir de aquella pesadilla.

¿Qué había dicho Sara?

Que él quería a Madeleine... y era cierto. La quería.

Y la había matado de un modo espantoso.

Oyó un roce en la puerta y levantó la mirada.

Un jirón de seda azul flotó en la entrada velando apenas los contornos de un soberbio cuerpo de mujer.

La puerta acabó de abrirse.

Amos Lundgren desorbitó la mirada. Boqueó igual que un pez fuera del agua y al fin la voz acudió a su delirante llamada y emitió tal alarido que hasta las paredes se estremecieron.

Ante él, erguida, bella como una quimera, mirándole asombrada, estaba Madeleine.

Madeleine, apenas cubierta por el camisón transparente como una nube, más hermosa y excitante que nunca.

Pero sobre todo, viva, sin un rasguño en su garganta.

CAPITULO IX

Jennings depositó el corpachón del desvanecido Amos sobre la cama de Sara. Gruñó entre dientes:

—¡Maldita sea! Tú dices que él creía haber matado a Madeleine, pero ella está perfectamente. Entonces, ¿de quién es toda esa sangre?

—No lo sé, no comprendo nada.

Todos habían acudido al oír el alarido de Amos. Luego, Louise Jennings se había llevado a Madeleine y ahora estaban ellos dos solos en la habitación.

John murmuró:

—Toda esa sangre debe haber brotado de un cuerpo humano, digo yo. Habrá que llamar a la policía, hacer algo...

—¿Crees realmente que ha podido matar a alguien?

—¿Cómo puedo saberlo? A Madeleine no, desde luego. ¡Condenación! Todo esto es una pesadilla. Amos es el mejor hombre del mundo.

—¿A quién entonces? Estamos todos aquí, vivos. ¿A un intruso quizá?

—¿Cómo pudo confundir a un intruso con su propia mujer?

Sara asintió en silencio. Era demencial, para volverse loco.

Más que nunca ansió que Matt estuviera allí, a su lado.

—Hay que llamar a la policía —insistió Jennings—. Cuanto antes mejor si hemos de aclarar qué ha pasado.

Sara iba a replicar cuando alguien empezó a chillar en alguna parte. Unos gritos agudos, terribles, como si quien fuere que gritaba estuviera viendo todos los horrores del infierno.

Jennings giró sobre los talones y salió disparado. Sara fue tras él y ambos entraron en tromba en la habitación del matrimonio.

Madeleine y Louise estaban casi abrazadas.

—¿Quién diablos gritó?

Louise dijo con voz débil:

—Nosotras no... Alguna de las sirvientas quizá.

—¡Dios, las sirvientas!

Sara dio un respingo.

—¿Crees que...?

—Esperadme aquí.

Echó a correr. Sara le siguió con una dolorosa sensación de angustia torturándola

Primero vieron a una mujer sujeta por el mayordomo y otra sirvienta. Se mordía los puños para no seguir gritando y los ojos parecían a punto de saltarle fuera de las órbitas.

Jennings y Sara se detuvieron de repente al descubrir las rojas

huellas de pies desnudos en el suelo. Las huellas procedían de una habitación abierta.

Cautelosamente, se asomaron por aquella puerta. Sara no pudo contener un grito de horror.

Atravesada en la cama la misma sirvienta que ya sufriera un desvanecimiento yacía desnuda, aunque era difícil saber si lo que había encima de su piel eran restos de un camisón o solamente sangre pardusca y seca. La misma sangre que empapaba la cama Retrocedieron temblando, ahogando el horror y las náuseas. Miraron desolados a los otros sirvientes y el mayordomo jadeó: —¿Quién pudo haber cometido esta bestialidad, señor?

Jennings desvió la mirada.

—Ocúpese de esas dos mujeres y cierre esa puerta. Que no entre nadie...

—Está bien, señor.

Jennings se llevó a Sara casi en volandas hacia su dormitorio.

Amos Lundgren se había sentado en la cama y tenía la mirada clavada en sus manos, como ausente, alucinado.

Al fin ladeó la cabeza y susurró:

—¿Es cierto que está viva?

—¿Madeleine? Sí, está bien.

—Entonces estoy volviéndome loco. ¿Cómo pude soñar que la mataba? Y esta sangre...

—No es de Madeleine.

—En este caso aún lo entiendo menos.

Sara se mordía los labios. Jennings dijo apenas sin voz:

—Has matado a una muchacha del servicio. Amos.

—¿Qué dices?

Se levantó como impulsado por un resorte, pero las piernas le fallaron y volvió a caer sentado sobre el borde de la cama.

Desde allí miró a Sara, como pidiéndole que lo negase, que desmintiera aquella atrocidad. La muchacha 9ólo murmuró: —Es cierto. Amos. La misma joven que encontramos desmayada.

Jennings estalló.

—¡Maldita sea! Es la cosa más absurda de este mundo. ¿Por qué. Amos, por qué? Di algo, haz algo para que pueda ayudarte. ¿Te das cuenta de que hay que llamar a la policía?

Como aferrándose a una última esperanza. Amos miró a Sara y balbuceó:

—¿Es cierto todo eso, Sara?

—Desgraciadamente, sí.

Volvió a quedar ausente, como flotando en una nebulosa de otra dimensión, hundido en negros pensamientos.

Sara se disponía a decir algo cuando una súbita idea Ia asaltó.

Silenciosamente salió al pasillo y corrió a la habitación donde yacía el destrozado cadáver de la muchacha.

Dominando el pánico y las náuseas, entró. Habían dejado la luz encendida y por la ventana entraba ya la luz del día. En pocos minutos hubo registrado todo el cuarto.

No pudo encontrar ni rastro del cuchillo con que se había cometido aquella carnicería

*

Matt sorbió el whisky sin apartar la mirada de la muchacha. Sus ojos grises eran tan agudos y burlones como de costumbre.

—Es todo un folletín — masculló.

Había llegado apenas media hora antes. Al abrir la puerta Sara sintió tentaciones de echarle los brazos al cuello, a pesar de su fama de todo lo que sabía sobre sus continuos líos con mujeres.

Y ahora estaba aquí, al parecer mucho menos impresionado de lo que cabía esperar.

—¿Qué opina la policía, ángel? — preguntó.

—No me hables de esos patanes.. Policías de pueblo que no saben siquiera dónde tienen la mano derecha.

—Quizá sean zurdos. ¿Se llevaron a tu primo?

—No.

—Vaya, qué cosas.

—Dijeron que traerían policías de la ciudad. Y un siquiatra. Lo cierto es que no se atreven a proceder contra un Lundgren personalmente.

—Entiendo.

—Tienes que hacer algo, Matt. Tú estás acostumbrado a trabajar con la policía, a investigar y todo eso.

—Pero nunca tuve que enfrentarme a un laberinto como ése. Yo vine atraído por tus fantasmas, no para cazar asesinos.

—Ese es otro asunto siniestro. Estoy segura de haber visto algo que no era de este mundo. Por lo menos, algo anormal... Créeme, Matt.

—Bueno, nena, espero que yo también pueda disfrutar de esta clase de experiencias. De momento ocupémonos de los seres de carne y hueso. ¿Se fueron las sirvientas?

—¡Claro que se marcharon! Sólo quedó el mayordomo.

—¿Saben los demás que yo estoy aquí?

—No, en absoluto. Escucha, Matt, te falta saber lo más inquietante, lo que me hace sospechar que puede haber otros crímenes.

—Suéltalo.

—No estaba el cuchillo en el cuarto, Matt.

Este arrugó el ceño.

—No entiendo lo que... ¡Cuernos! ¿Quieres decir que tu primo escondió el cuchillo después de la carnicería?

—Sí. Examiné todo el dormitorio y no estaba allí. No había ni rastro. Tampoco lo encontraron los dos policías, pero esos no encontrarían agua en el mar.

—Es curioso, cariño, muy curioso.

—¿Qué?

—Si tu primo cometió el crimen en un paroxismo de locura, enajenado, no hay explicación para que escondiera el arma. ¿Se llevaron el cadáver?

—Claro.

—¿Dónde están ahora todos los demás?

—Arriba, en las habitaciones. ¿Por qué?

—Se me ocurre que sería una gran cosa encontrar ese maldito cuchillo. También me gustaría saber qué estuvo haciendo tu primo desde el momento que hubo matado a la muchacha hasta que apareció en tu cuarto. Es otra de las cosas raras.

—¿Raras? No te comprendo. Yo creo que vino directa mente. Estaba tan aturdido que era incapaz de reflexionar —Angel, aún debes aprender a pensar por tu cuenta en este mundo.

—¡Maldita sea, no te burles, Matt!

—Tú me dijiste que estaba cubierto de sangre...

—Y es la verdad.

—Sangre seca, cariño.

Sara dio un respingo.

—¡Es cierto! —jadeó.

—De modo qué desde el momento en que la sangre le manchó hasta que tú le viste pasó cierto tiempo. Y no creo que estuviera contemplando su obra de arte hasta que decidió ir en busca de ayuda.

—¡Tienes razón, Matt, estuvo en algún sitio!

—Es algo que había que preguntarle, tal vez sea posible hacerle recordar eso. Ahora, piénsalo bien, nena: ¿lo registraron todo los policías, no olvidaron nada?

—Nada. Pero esos dos...

—Eso ya lo dijiste antes.

—¡Matt! —Ia muchacha casi se levantó de un salto.

—¿Qué?

—La buhardilla.

—Así que tenemos una buhardilla y todo, ¿eh? Qué cosas. Y sótano, supongo.

—En el sótano estuvieron ellos registrando. Pero nadie les dijo que había una buhardilla en la casa. Incluso yo la había olvidado por

completo.

—¿Qué se guarda allá arriba?

—Ahora no lo sé, pero cuando yo era niña sólo había trastos viejos, inservibles.

—Bien, vayamos a dar un vistazo antes que los demás descubran mi presencia aquí.

La muchacha necesitó orientarse para encontrar la vieja escalera que conducía a la buhardilla.

Vieron que era una estancia enorme sin divisiones que ocupaba todo el perímetro de la mansión de los Lundgren. El techo en pronunciado declive obligaba a inclinar la cabeza fuera de la parte central. Enormes vigas de madera oscura sostenían la gigantesca obra.

Tal como la muchacha había anunciado, todo allí eran viejas reliquias de tiempos idos; muebles, baúles con herrajes, sillas descalabradas, cuadros cubiertos de polvo apoyados en los muros...

Antes de internarse en aquel revoltijo Matt se detuvo en la puerta y examinó el suelo. Sacudió la cabeza, desalentado.

—Hay polvo suficiente para conservar las huellas de pies, ¿te das cuenta? Sin embargo no hay ninguna. Tu primo no subió aquí después del crimen. Nadie ha subido.

—Entremos no obstante. Sólo estuve aquí una vez, siendo una chiquilla... Entonces nos prohibían subir.

Lo miraban todo con curiosidad.

Más allá de un viejo baúl, Matt descubrió algo que le dejó helado. Quedó tan paralizado de estupor que estuvo medio minuto inmóvil como una estatua.

Ante él, apoyado en la pared y sin una mota de polvo, había un cuadro de buen tamaño. La pintura representaba el busto de una bellísima mujer de cabellos rubios.

Era un retrato de Sara, sólo que vestida con ropas de una época ya olvidada en los abismos del tiempo.

Ropas del año 1782...

CAPITULO X

La muchacha contuvo el aliento al contemplar su propia imagen.

Matt quiso saber:

—¿Cuándo lo pintaron?

—Nunca.

—¡Esta es una buena respuesta!

—¿No entiendes? No soy yo... A mí nunca nadie me tomó por modelo de un cuadro.

—Míralo otra vez, nena. No cabe duda de que eres tú. Ella estaba tan asombrada que apenas podía hablar. De pronto exclamó: —¡Mira, Matt! Hay una plaquita de metal en el marco. El se inclinó, leyendo en voz alta:

—«Carol Lundgren. 1761-1783.» ¿Qué te parece?

—¡Carol!

—¿Qué pasa, sabes quién era?

—No, pero ese nombre alguien lo pronunció en mi oído, en la oscuridad, la noche de la tormenta. Fue como si se dirigieran a mí dándome el nombre de Carol...

—Curioso, ¿no te parece?

—Es increíble el parecido.

El la observó, pensativo. Luego dijo:

—¿Sabes una cosa, preciosa? Estuve haciendo averiguaciones respecto a esta casa antes de emprender el viaje. Cuando decidí venir pensé que debía saber algo más de lo que tú habías dicho.

—¿Y qué averiguaste?

—Bueno, en primer lugar algo que encaja con las fechas del cuadro. Un tal Geoffrey Lundgren, heredero de la familia, fue asesinado en 1782. Y su propia mujer fue ejecutada en enero del año siguiente, o sea en 1783. ¿Qué te parece?

—¿Ejecutada?

—En la horca, acusada de dar muerte a su propio marido. Por lo visto la afición a la sangre le viene de antiguo a tu familia.

—¡No hables así, maldita sea!

—Discúlpame.

Volvió a contemplar la hermosa imagen del cuadro.

—Me gustaría saber por qué está tan limpio, cuando todos los demás almacenados aquí están cubiertos de polvo.

—Tengo miedo, Matt-—susurró la muchacha de pronto.

—Tranquilízate, sólo es una pintura antigua.

La bellísima mujer del cuadro parecía mirarles con sus profundos ojos dulces, enigmáticos.

De repente, Sara engarfió los dedos en el brazo de Matt y exclamó:

—¿Oíste?

—¿Qué?

—Oí algo... Un susurro, un roce, no sé.

—Estás nerviosa. Yo no oí nada.

—Hay alguien aquí, Matt. ¡Lo sé, nos espían...!

El miró en tomo, intrigado.

—No compliques las cosas, ángel. Estamos solos. Pero si has de sentirte más tranquila podemos largarnos.

Tomó el cuadro y se encaminaron a Ia puerta. Sara le siguió escaleras abajo casi corriendo.

En el salón, Matt colocó el cuadro sobre una butaca de modo que le diera la luz. Sin ninguna duda, era la imagen de Sara, bella y radiante con aquellas pesadas ropas de sobrios colores.

—Bueno, que me ahorquen —mascullό—. Vamos a ver qué opinan todos los demás. Ya es hora de que sepan que estoy aquí. Estoy impaciente por conocerles... especialmente a la flamante esposa de tu primo.

Sara dio un respingo.

—Olvidaba tu condenada afición a las mujeres espectaculares.

—Deja en paz mis aficiones estéticas, nena, porque de lo contrario habremos de hablar de ti.

Sara sonrió forzadamente.

—No tengo ningún derecho a reprocharte —dijo—. Estaba deseando que vinieras y estás aquí. Pero antes de hablar con ellos hay algo más que quiero decirte.

—Bien, adelante.

—Tienes que prometerme que no formularás ningún comentario... Bueno, digamos erótico.

—¿Erótico? —Ia miró asombrado—. ¿Te propones contarme tus aventuras amorosas?

—Sólo una, delante de un espejo.

—¿Con quién?

—Yo sola.

—Pues sí que es toda una aventura.

—Desnuda.

El la miró de arriba abajo enarcando las cejas.

—¿Desnuda? —jadeó—. ¿Quieres decir un desnudo integral?

—Exactamente. Acababa de saltar de la cama

—¿Acostumbras dormir completamente desnuda, nena? Ajá, bueno es saberlo.

—¡No empieces a...! Bueno, salté de la cama En mi cuarto hay un gran espejo, ¿comprendes? Me vi reflejada en él.

—Y fue todo un espectáculo. ¡Lo que me he perdido!

—Sí, espectáculo. Cuando volví a mirarme ya no vi nada.

—¿Qué quieres decir con que no viste nada?

—Yo estaba delante del espejo, pero no me reflejaba en él. Igual que si fuera invisible o algo así.

Matt se rascó la coronilla, perplejo. De repente exclamó:

—¡Maldita sea! ¿Estabas aún desnuda esa segunda vez?

—Sí, claro.

—Lo que me he perdido —repitió soñadoramente—. Vayamos a dar un vistazo a ese espejo mágico, linda.

—Muy bien, pero te advierto que no estoy de humor para soportar tus comentarios obscenos de costumbre.

—¡Qué comentarios ni qué demonios! A cualquier tipo con hormonas le gustaría verte con sólo tu hermosa cabellera por todo vestuario. Está bien, no te sulfures. Llévame ante el espejo.

La muchacha lo pensó unos instantes. La mirada burlona y cálida a un tiempo de él la inquietaba. Finalmente acabó guiándole hasta su dormitorio, donde señaló el gran espejo en la pared.

Matt fue a colocarse ante él y contempló la imagen de su propio cuerpo entero. Tras él, la muchacha le miraba expectante.

Sonrió al volverse.

—Nena, a mí me parece un espejo normal y corriente. Claro que habría que hacer la prueba en las mismas condiciones en que se produjo el fenómeno.

Ella hizo una mueca.

—Si esperas que me desnude en tu obsequio, Matt, es mejor que te tires de cabeza por la ventana. ¿Crees que soy una de esas idiotas que arrastras a tu apartamento cada noche?

—No exageres.

—Lo sé muy bien.

—Yo no las arrastro. Nunca haría una cosa así. Sólo que ellas se empeñan en beber el último trago antes de separarnos, eso es todo.

—A otro perro con ese hueso.

Sin transición, él le espetó:

—De cualquier modo, cariño, me niegas la contemplación de tus más evidentes encantos, y sin embargo se los ofreciste a alguien que estuvo contemplándote todo el tiempo que estuviste ante el espejo. ¿Te parece justo?

Ella palideció.

—¿Pretendes decirme que alguien podía verme, desnuda ante el espejo?

—Eso es lo que imagino. Un espejo trucado, ya sabes. Por un lado el espejo es normal aparentemente, pero por el reverso es un simple cristal transparente.

Una oleada de color inundó las mejillas de la muchacha.

—No puedo creerlo...

—Es fácil de comprobar. Veamos qué hay en la habitación vecina. Te apuesto que encontraremos un hueco en la pared, justamente detrás del espejo.

Salieron precipitadamente. La habitación vecina no estaba ocupada por nadie y aparecía limpia y ordenada.

La pared que correspondía al cuarto de Sara era de piedra maciza y no había ningún hueco a la vista.

Matt frunció el ceño al examinarla Era un muro sólido y no cabía darle vueltas. Ninguna fuerza humana habría sido capaz de mover una sola de aquellas enormes piedras.

Sara balbuceó:

—¿Y ahora qué, Matt?

—No sé.

—¿Sigues pensando en un espejo trucado?

—Maldito si sé qué pensar ahora. ¿Estás segura que no estaba tu imagen en él? Quizá la segunda vez te miraste desde otro ángulo.

La muchacha sacudió la cabeza con obstinación.

—No, Matt, estoy bien segura. Me miré frente al espejo.

—Bueno, volvamos a tu cuarto.

Se plantaron los dos ante el espejo. Sus imágenes estaban allí, mirándoles desde el cristal.

—Angel, o sufriste una ofuscación, o estabas muy nerviosa y te pareció que eras invisible, o de lo contrario habrá que dar crédito a las historias sobrenaturales.

—Si hubieses visto todo lo que yo empezarías a creer en todo eso.

—¿Crees que si rompemos el espejo tu primo pondrá el grito en el cielo?

Ella le miró sobresaltada.

—¿Romper ese enorme cristal? —balbuceó.

—Quiero comprobar qué hay al otro lado. Estas viejas paredes son tan gruesas que pueden ocultar muy bien estrechos pasadizos y cosas así. Si el espejo estuviera trucado forzosamente debería haber un espacio detrás para el fisgón.

Ella titubeó. Al fin dijo:

—Muy bien, Matt, adelante. Si los demás oyen el estropicio diré que fue un accidente. O que me defendí de tus ataques sexuales y caí contra el espejo.

—Cariño, cuando yo decida asediarte no tendrás defensa posible. Veamos, esa silla servirá. Asegúrate de que esté bien cerrada la puerta.

Ella lo comprobó. Luego, le vio a él voltear la pesada silla y golpear la parte baja del espejo.

Hubo un sonoro estallido de cristales y todo el espejo se vino abajo.

Escucharon conteniendo el aliento por si acudía alguien a comprobar lo sucedido.

—Parece que todo está tranquilo —murmuró Matt.

De pronto, Sara jadeó sin voz:

—¡Mira!

Se volvió en redondo.

Más allá de donde estuviera el espejo se abría una oquedad tan negra como las cavernas del infierno.

CAPITULO XI

El hueco era lo bastante amplio para permitir a un hombre estar en él de pie. Pero a la derecha había algo más: unos escalones de piedra que se hundían en las profundidades de la tierra.

—¿Ves algo? —susurró la muchacha.

—Nada. Necesitamos luz para explorar ese pozo. Pero antes quiero comprobar algo más.

Recogió un par de trozos del espejo examinándolos con profunda atención.

—No tiene truco —gruñó, intrigado—. Es realmente un espejo normal, y seguramente data de la misma época en que fue reconstruida la casa.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque la cara posterior está recubierta de una capa de estaño. Posiblemente de estaño y mercurio. Hoy día son plateados por el reverso.

—Estamos en las mismas. ¿Por qué no me vi reflejada en él, Matt?

—Lo ignoro. ¿Tienes una linterna?

—No, pero hay un candelabro en la mesilla. Lo pusieron aquí cuando nos quedamos sin electricidad.

—Tráelo.

Encendió las cuatro velas y alumbrándose con ellas penetró en aquella especie de hornacina pétrea de la que partían los escalones.

Ella susurró:

—¿Vas a bajar?

—Seguro. Espérame aquí si tienes miedo, pero pienso que estas escaleras deben conducir a algún lugar determinado.

—¿Quedarme sola ahora? Ni lo sueñes.

—Muy bien, sígueme, pero no empieces a chillar si aparece un ratón.

Los escalones eran resbaladizos y húmedos. La luz de las velas temblaba entre los recovecos de los pétreos muros que encerraban la escalera.

Al terminarse los escalones se hallaron en un suelo también de piedra. La sombría cueva parecía excavada en la roca viva.

Sara se aferró al brazo de! reportero y musitó:

—Es sobrecogedor, Matt.

—Bueno, no es más que un sótano, o una caverna. Tal vez haya algún pasadizo, o mazmorras. Uno nunca sabe qué retorcidas ideas albergaban aquellas gentes.

Levantó el candelabro por encima de su cabeza, mirando en tomo.

Sara lanzó un grito y casi le saltó al cuello cuando descubrió el

amarillento revoltijo de huesos humanos.

—Tranquilízate, es sólo un esqueleto —refunfuñó el reportero—. Encadenado al muro, por lo que se ve.

—Salgamos de aquí, Matt.

—Espera un minuto.

Se agachó para examinar los pelados huesos. Sólo tocarlos se desmenuzaban. Luego vio algo más esparcido alrededor y sintió que los cabellos se le ponían de punta.

Ahogó un juramento, irguiéndose. Sara también había visto lo que semejaban pequeñas y blancas manchas entre el moho que cubría el suelo.

—Son huesos también —susurró—. Huesos diminutos... huesos de... de...

Su voz se quebró.

Matt grufló entre dientes:

—¡Ratas!

—¡Oh, Matt...!

—Encadenaron a ese desgraciado ahí y le abandonaron en compañía de un montón de ratas, seguramente hambrientas. Luego, cerraron esta tumba y lo demás puedes imaginarlo.

Sara ahogó un quejido y retrocedió hacia las escaleras, impaciente por abandonar el tétrico lugar.

Matt aún gruñó:

—Me gustada saber quién fue ese pobre tipo.

—Vámonos, Matt.

—Sí.

Seguida del reportero, la muchacha empezó a subir apresurada, pero de pronto se detuvo ahogando un grito. El refunfuñó: —¿Qué pasa ahora?

—Dejamos la luz encendida...

—¿Qué luz?

—La de mi cuarto. ¿No recuerdas? Deberíamos verla ya desde aquí... ¡Y no hay más que oscuridad, Matt!

—¡Cuernos, tienes razón!

—¡Alguien ha tapiado el muro!

—No te alborotes, ángel. Puede haberse apagado la luz. Déjame paso, iré delante.

Subió adelantándose a Sara. Al llegar arriba bajo sus pies chirriaron los trozos de cristal.

—Nadie ha tapiado el hueco, nena. Sólo apagaron la luz.

A la luz de las velas Sara se aferró a su brazo. Temblaba violentamente.

En aquel instante pareció envolverles un soplo de aire helado. Las llamas de las velas oscilaron, Sara dio un grito y se quedaron a

oscuras.

—¡Matt! —chilló.

—Tranquilízate.

—¡Pero han apagado las velas!

—¿Nunca oíste hablar de corrientes de aire?

—Estaba todo cerrado. La ventana, y la puerta. Y ese aire helado...

—Bueno, cálmate. Encenderé otra vez las velas.

—¡Matt, allí!

-¿Qué?

A oscuras él no podía ver adónde señalaba la muchacha. Pero al mirar en tomo descubrió los dos puntos rojos, llameantes en las tinieblas como los ojos del diablo.

Se quedó mudo y ya no tuvo ningún deseo de bromear, porque aquello no eran simples puntos de luz rojiza. Eran algo mucho más siniestro, porque sin ninguna duda eran lo6 ojos de algún ser de ultratumba. Tenían fuerza, y poder. Eran unas pupilas vivas alentadas por el fuego del infierno.

La muchacha contenía el aliento ahogándose de terror.

Matt hundió la mano en el bolsillo buscando el encendedor de gas. Lo acercó a las velas y lo encendió.

Al prender la primera vela miró de nuevo hacia los ojos diabólicos. Le pareció que su llameante fulgor se debilitaba y de pronto ya no hubo nada y la helada sensación de aire polar se desvaneció.

De un salto se plantó en el lugar donde viera la aparición. Hubo de admitir que no había el menor rastro de nada extraño.

Sara balbuceó:

—Lo viste... Estaba ahí...

—De acuerdo, lo vi, pero no me preguntes qué era porque no tengo ni la más remota idea.

—¿Me crees ahora?

—Sospecho que no me queda otro remedio. Todo esto es un condenado misterio y ya es hora de que tu primo nos ilustre un poco más sobre las leyendas de esta casa. Además, quiero preguntarle por ese cuadro con tu imagen. Vamos al salón.

Sólo que allí del cuadro no había ni señal. Había desaparecido.

CAPITULO XII

—De modo que nadie ha visto esa pintura —gruñó Matt más tarde.

Estaban todos en el salón, después que Sara explicara la presencia del reportero.

Amos Lundgren tenía el rostro ceniciento. Se había bañado y vestido con ropas limpias, pero daba la impresión de que continuaba empapado de sangre de la cabeza a los pies. Era esa una sensación de la que ya no se libraría jamás.

Madeleine, pálida y no obstante tan bella como siempre, estaba hundida en una butaca y parecía abstraída en sus pensamientos, aunque de vez en cuando dirigía agudas miradas al periodista.

Los Jennings consumían whisky y escuchaban. Fue John quien replicó:

—No había ningún cuadro cuando mi esposa y yo hemos entrado aquí, hace un rato.

—Dejamos la pintura encima de esa butaca —insistió Matt con calma—. Era el rostro de Sara, pero en una mujer que murió en 1783.

—Eso es perfectamente absurdo.

El reportero miró fugazmente a la señora Jennings.

—Es absurdo —reconoció—, pero cierto. La mujer del cuadro se llamaba Caro! Lundgren. ¿Hasta dónde llegan sus conocimientos de la historia familiar, señor Lundgren?

Amos le miró como si no le viera.

—Carol Lundgren —murmuró con voz lenta— fue ejecutada por el asesinato de Geoffrey, su marido.

Madeleine dio un grito. Todas las cabezas se volvieron hacia ella.

—Lo... Io siento —balbuceó—. Todo esto parece una pesadilla. Y Geoffrey era tu hermano, Amos, y hace poco más de un año que murió.

—Se trata de otro antepasado del mismo nombre —aclaró Matt—. Según la historia de la familia, la mujer ahorcada era inocente. ¿Es así, señor Lundgren?

—Sí, sólo que no se supo hasta algún tiempo después de su muerte.

John Jennings gruñó:

—Quisiera saber a qué viene ahora toda esa lección de historia, la verdad. A mi entender tenemos problemas mucho más graves entre manos.

—Cierto —terció Matt—. Como la desaparición del cuadro, por ejemplo. O la presencia del esqueleto en el sótano, rodeado de los huesos de las ratas que lo devoraron.

Cayó un silencio de tumba cuando calló. Incluso Amos pareció despertar bruscamente de su melancolía y exclamó: —¿De qué otra cosa horrible está hablando ahora?

Fue Sara quien explicó su aventura en el espejo y lo que habían descubierto al romperlo.

Luego, Matt añadió:

—Antes de venir aquí hice algunas averiguaciones en torno a la historia de esta casa, las leyendas que la rodean y todo eso. Nadie me dijo una palabra de un ser humano enterrado en vida en compañía de un puñado de ratas hambrientas, de modo que ese episodio de su historia familiar debe ser un secreto muy bien guardado hasta ahora, señor Lundgren.

Jennings barbotó, impaciente:

—¿Alguien puede decirme qué nos importan ahora esas estúpidas leyendas, fruto de un puñado de supersticiosos? A mi entender tenemos otros problemas. La policía va a volver y nos advirtieron que traerían especialistas de la capital. ¿Es con esos cuentos de viejas con lo que piensa usted ayudarlo, señor Taylor?

Matt estuvo observándole fijamente unos instantes. Sus ojos parecían haberse enfriado de repente.

Por un instante Sara temió su reacción, pero antes que ésta se produjera Amos murmuró:

—John tiene razón... Maté a esa pobre mujer y tengo un miedo espantoso. ¿Quién me asegura que no volveré a hacerlo? ¡Dios santo! ¿Es que nadie comprende? ¡Yo maté a la muchacha creyendo que mataba a Madeleine!

Su esposa dio un grito, arrebujándose en su turbadora bata de noche.

Nadie replicó.

Nadie aportó sugerencia alguna y al fin Matt, levantándose, dijo:

—Voy a volver al desván. Quizá la pintura esté otra vez arriba y si es así quiero que todos la vean.

Tan pronto hubo desaparecido, Louise Jennings barbotó de mal talante:

—No debiste llamar a ese hombre, Sara.

—Yo no le llamé. El...

—A la policía no le gustará que un reportero ande metiendo las narices en su terreno.

—Matt ha colaborado otras veces con la policía.

—Será en Nueva York, pero esto es diferente.

Sara no replicó. Encendió un cigarrillo y se desentendió de todos los demás.

Poco después, Matt Taylor reapareció trayendo consigo la vieja pintura.

—Es curioso —anunció—. Estaba exactamente en el mismo lugar donde la encontramos. Y no había una sola huella en el polvo del suelo excepto las nuestras.

Hubo un tenso silencio antes que él diera vuelta a la pintura para que todos pudieran verla. Aún añadió:

—Es como si quien sea que devolvió el cuadro al desván hubiera entrado en él volando...

Cuando vieron el cuadro se quedaron mudos.

Sólo Amos balbuceó:

—Eres tú, Sara...

—Sólo que pintada hace siglos.

—Eso es imposible —gruñó Jennings.

—No soy un experto en obras de arte —reconoció Matt con calma —, pero apostaría hasta el último céntimo que esta pintura data justamente de las fechas que indica la plaquita de metal. Es auténtica, seguro.

—Pero se trataría de una coincidencia increíble —opinó Madeleine.

Los ojos agudos del reportero la miraron fríamente.

—Hay muchas coincidencias en este asunto, señora — dijo mientras dejaba la pintura apoyada en la pared. Después fue a sentarse al lado de Sara y añadió—: Coincidencias y hechos inexplicables, como el espejo que en un momento dado no reflejó la imagen de Sara.

La voz de Louise Jennings destilaba sarcasmo cuando preguntó:

—¿Estás segura de no haberlo soñado, querida?

—Estaba despierta y bien despierta.

Tranquilamente, Matt le espetó al dueño de la casa:

—¿No puede usted ofrecemos una explicación lógica a todo esto, desde su posición de médium, señor Lundgren?

—No... En absoluto. No comprendo nada. Unicamente durante la sesión de la otra noche estuve a punto de conseguir algo. Nunca antes había «sentido» tan poderosamente la proximidad del pobre Geoffrey. Pero se desvaneció. Ya no he vuelto a probarlo.

Matt se levantó. Dio unos pasos y se detuvo delante del propietario de la sombría mansión.

—Confieso que nunca creí en todo ese aparato de los espiritistas. Tapices negros, mesas redondas, cirios, sombras y alaridos... Se me ocurre que si de verdad es posible entrar con seres que ya han muerto, los espíritus pueden manifestarse en cualquier ambiente. ¿No le parece, señor Lundgren?

—En teoría, sí. Todo ese aparato de que habla usted se utiliza para facilitar la concentración mental, tanto del propio médium como de los demás. Pero si fuera posible conseguir la misma concentración,

digamos... en un estadio lleno de gente, los resultados serían los mismos.

—Entiendo. Usted no podría concentrarse ahora, supongo.

Amos levantó la cabeza vivamente. Los demás iniciaron un coro de protestas.

Lundgren balbuceó:

—¿Aquí quiere decir, en estos momentos?

—Exacto.

—Es casi imposible.

—¿Casi, señor Lundgren?

—Jamás lo intenté de ese modo.

—Pruébelo ahora.

De nuevo volvieron a protestar. El millonario parecía fascinado de pronto por semejante desafío. Miraba a Matt con ojos entornados y de pronto murmuró: —Está burlándose. Usted no cree en mis poderes extra-sensoriales.

—Demuéstrelos.

Madeleine inició una débil protesta. Jennings juró que estaban todos locos.

Sara se echó atrás en su butaca y miró, perpleja, la alta y recia figura de su colega.

Lundgren dijo:

—Lo intentaré. Pero necesito silencio... Un silencio absoluto. Concentren sus mentes en mi mismo propósito. ¿Entendido?

John Jennings barbotó iracundo:

—¡Eso es una solemne estupidez! ¿De veras crees que con esa mascarada podrás hablar con tu hermano, con Geoffrey?

Lundgren le miró con reproche.

—Admito que no creas nada de eso, John, como no creen los demás. Sólo limítate a concentrarte, ¿quieres? Y mejor aún, piensen todos en Geoffrey, es todo lo que pido.

El silencio se hizo realmente denso, profundo, casi irreal... Desde la pared, la mirada azul de Ia mujer del cuadro parecía concentrarse también sobre el médium, que con los párpados cerrados había quedado tan inmóvil como una figura de madera.

Hasta que se estremeció violentamente y comenzó a murmurar una catarata de palabras ininteligibles. El nombre de Geoffrey era pronunciado una y otra vez, angustioso, semejante a una llamada de socorro.

Desde la butaca donde estaba hundido, Matt no apartaba la mirada de aquel hombre que luchaba por desvelar el misterio de la muerte.

Estaba mirándolo cuando el cuerpo de Amos Lundgren sufrió un atroz espasmo semejante a un ataque epiléptico. De su garganta

surgió un atormentado gruñido y aquella no era su voz, sino otra mucho más profunda y bronca, retumbante, y parecía llegar, no obstante, de una infinita lejanía.

—¡GEOFFREY! —imploró el médium.

Un alarido brotó de sus labios, cortando el nombre. Hubo aún otro salvaje rugido y por un instante pareció que todos los huesos de su cuerpo iban a quebrarse bajo los embates de una fuerza infernal. Se retorcía y gruñía y el espanto se adueñaba de cuantos contemplaban el fenómeno.

Y mientras estaban mirándole aterrados y mudos de espanto, algo como una sustancia etérea pareció desprenderse del cuerpo de Amos Lundgren, de sus ropas, de sus cabellos erizados, rezumando como una cosa viva.

De la boca del médium brotó de nuevo aquella voz poderosa, aunque sus labios no se movieron en absoluto.

—Te oigo... Estoy aquí después del tiempo y de la muerte.

—¿Geoffrey? —imploró Amos.

—.Soy Geoffrey Lundgren alma maldita que con mi muerte condené a una inocente... mi bien amada... ¿Qué quieres de mí, tú, que caminas por mi misma senda?

—Geoffrey... NO ERES MI HERMANO.

—Mi hermano yace devorado en las entrañas de esta casa. El vertió mi sangre, ejecutó a mi bien amada. El infierno confiere poder, pobres mortales, y por ese poder la historia se repetirá.

—GEOFFREY... AYUDAME...

Reinó un estremecido silencio.

Y de repente Madeleine empezó a chillar como una loca, y Amos sufrió una bárbara contracción y quedó jadeando angustiosamente, aplastado contra la butaca.

Sara musitó sin voz:

—¿Qué... qué fue eso, Matt?

Él le rodeó la cintura con su brazo apretándola contra su cuerpo.

—Tengo la impresión de que hemos visto realmente un girón del Más Allá.

—¡Pero no era Amos quien hablaba! No era su voz, ni su manera de expresarse...

—¿No comprendes? Fue el hermano de Geoffrey Lundgren quien le mató en 1782, acusando del crimen a su cuñada. Esta fue ejecutada y de ese modo él se quedó con la herencia de los Lundgren. Ese fue el criminal que alguien encadenó en la caverna para que fuera devorado por las ratas.

—¡Matt!

—Eso por lo menos es lo que creo entender atando cabos y contando con lo que acabamos de oír. ¿Señor Lundgren?

Amos parpadeó, mirándoles estupefacto.
—¿Recuerda usted lo que ha sucedido?
—Estoy confuso...
—¿No recuerda nada?
—Sí... El espíritu que se adueñó de mí por un tiempo. Eso Io recuerdo, pero no era mi hermano.
—Lo que fuere llegó del pozo del tiempo, Amos.
John Jennings se levantó de un salto. Estaba rígido y furioso.
—¡Una magnífica representación! —estalló—. Pero odio que me tomen el pelo.
Sin prestarle atención, Matt prosiguió:
—Ahora sabemos la verdad sobre aquel crimen cometido hace siglos. Pero esa extraña voz dijo que la historia se repetiría, ¿Lo recuerda, Lundgren?
—Sí..., pero no comprendo nada.
Jennings exclamó:
—¡No sea estúpido usted también! Se supone que los reporteros tocan de pies al suelo. ¿Va a dar crédito a esa sarta de insensateces?
Matt encendió un cigarrillo y volvió a dejarse caer sentado en la butaca. Desde allí dijo plácidamente:
—Amigo, tal vez todo sea una simple paparrucha, pero si se toma la molestia de mirar hacia la pared verá que e! cuadro ha volado otra vez. Y ninguno de nosotros nos hemos movido de aquí.
Se volvieron todos. Dieron tales saltos al ponerse de pie, que sus movimientos resultaron cómicos.
Ciertamente, el cuadro había desaparecido.
Cambiaron miradas estupefactas. Sara temblaba cuando se aferró al brazo de su compañero.
—Matt, ¿viste...?
—Nada. Me di cuenta hace unos segundos.
Amos susurró:
—Se lo ha llevado... Es el retrato de la esposa de Geoffrey Lundgren... su bien amada. ¡Dios!
Matt aspiró hondo. Luego dijo suavemente:
—Su hermano también murió violentamente. Amos.
Sara dio un respingo.
Amos Lundgren gruñó:
—En un accidente.
—Pero violentamente. Y el espíritu, o lo que fuera, dijo que la historia se repetiría
Tras un tenso silencio, Amos captó el sentido de las palabras y se levantó de golpe.
—¡Maldito sea usted! ¿Pretende acusarme de la muerte de mi hermano?

—Siéntese. No le acuso de nada. Usted estaba en Europa desde hacía meses cuando él se mató.

—Menos mal que admite este hecho. Acepto a mi vez que por alguna increíble locura maté a esa pobre mujer. Pero no pude matar a mi hermano. ¡Jamás le deseé ningún mal! Geoffrey era un ídolo para mí. Siempre le admiré y deseé parecerme a él.

—Le creo. ¿Y usted, señora?

Madeleine parpadeó ante lo directo de la pregunta.

—¿De qué está hablando? —estalló con sequedad—. Yo nunca conocí a ese famoso hermano de Amos.

Matt saboreó el humo del cigarrillo placenteramente, pero dijo con voz suave:

—Miente, señora. Usted conocía muy bien a Geoffrey Lundgren. Estaba con él cuando abandonó la fiesta completamente bebido.

Fue -como si hubiera estallado una bomba bajo los pies de los reunidos en el salón.

CAPITULO XIII

El silencio pareció prolongarse una eternidad.

Después Madeleine chilló:

—¡Está mintiendo! —encarándose con su marido señaló dramáticamente al reportero y rugió—: ¡Echa a ese individuo de esta casa, Amos! ¿Lo oyes? ¡Quiero que le eches de aquí!

—¿Por qué? —preguntó Matt, socarrón—. La verdad puede averiguarla cualquiera lo mismo que hice yo. Bueno, tal vez le cueste un poco más porque, modestamente, soy muy bueno en mi trabajo.

—¡Fuera de aquí, miserable bastardo!

—Ese lenguaje no es propio de una señora Lundgren. Usted mantuvo relaciones con Geoffrey mientras Amos estaba en Europa. La noche en que se mató, usted se reunió con él a la salida de la fiesta en que pilló una borrachera. Y a propósito, tampoco aquélla fue una fiesta muy... este... ¿decente?

—¡Miente!

—Discutieron, lo he comprobado. Luego, él se metió en su coche y partió como un rayo, tan furioso que usted hubo de saltar a un lado para evitar que las ruedas le pasaran por encima Ese comportamiento de Geoffrey da a entender que sus sentimientos hacia usted, en aquellos momentos, no eran precisamente amistosos.

Jennings se irguió lívido de ira.

—¡Le exijo que salga de esta casa! —bramó—, ¡Fuera! No tiene ningún derecho a verter semejantes calumnias. La mirada fría del reportero se clavó en él como un dardo. —A propósito, señor Jennings... ¿Cuándo dejó usted sus exhibiciones en los teatros?

—¿Qué?

—Hablaremos de usted más tarde, ahora interesa buscar una aclaración a las palabras de ese espectro, o lo que fuere que hemos oído.

Madeleine se irguió cuan alta era. Sus pechos agitados amenazaban con desbordar el escote.

—Si no le echas de aquí a puntapiés —dijo rechinando los dientes —, no esperes que yo siga escuchándole.

Se dirigió altaneramente hacia la puerta. Antes de salir remachó:

-—Estaré en nuestra alcoba cuando quieras presentarme tus excusas por permitir semejante afrenta en nuestra casa.

Amos tenía la cara cubierta con las manos. Los Jennings titubearon un instante y después, como puestos de acuerdo sin palabras, salieron a su vez con pasos firmes.

Sara balbuceó:

—Matt, lo que has insinuado es una cosa horrible. No tenías

ningún derecho a hacerlo sin contar con pruebas irrefutables.

—¿Has visto que yo haya publicado alguna vez un reportaje sin tener pruebas con que respaldarlo?

—¡Pero esto no es un reportaje!

Antes que él pudiera replicar, Amos se levantó. Era un hombre hundido.

—No quiero escucharle más —dijo con voz cansada—. Aunque fuera cierto el veneno que ha vertido no quiero oírlo. Márchese, Taylor. Quiero que abandone mi casa cuanto antes, y tú harás bien acompañándole, Sara.

Se fue con la cabeza hundida en el pecho y dejando tras de sí un silencio cargado de angustia

Sara murmuró:

—¿Qué es lo que sabes en realidad?

—Un montón de cosas que no me gustan, y otras que imagino aún me gustan menos.

—Habla claro, Matt.

—Bien, Madeleine y Geoffrey tuvieron relaciones… digamos íntimas si tus castos oídos rechazan el término correcto.

—No puedo creerlo.

—¿Que se acostaban juntos? Lo he comprobado.

—¡Matt, maldita sea!

El se encogió de hombros.

—Resultó un affaire muy discreto, eso sí. Presumo que Madeleine le había echado el ojo a los millones de los Lundgren, pero para echarles además la zarpa necesitaba casarse con él, y ahí fue donde se estrelló. Geoffrey no era ningún romántico, y mucho menos tonto. Debió mandarla a paseo, también para decirlo de un modo correcto.

—¡Habla en serio si puedes!

—Bueno, se la sacudió de encima a pesar del constante acoso de tan espabilada dama Hasta que ella se convenció de que había fracasado y que jamás llegaría al altar con Geoffrey.

—¿Adonde pretendes llegar?

—A eso: Geoffrey tenía un hermano. Más joven, inexperto, viajando por Europa para conocer mundo después de licenciarse en la universidad. Casarse con Amos parecía mucho más fácil. Sólo que Amos era el segundón, no tenía fortuna.

—¡No sigas, Matt! Es horrible lo que insinúas.

—Ya lo sé. Escucha el auto que conducía Geoffrey era un Porsche nuevecito. Esos coches no tienen fallos capaces de hacerlos saltar de la carretera.

—Pero él conducía borracho.

—Ya lo sé. Y he visto el lugar por donde se despeñó. Hablé con la policía, incluso con los agentes que acudieron primero al sitio del

accidente. Geoffrey frenó violentamente antes de precipitarse al vacío… para no estrellarse contra otro coche que le salió «por la derecha del Porsche». El asfalto conservaba las huellas de los neumáticos cuando los patrulleros llegaron allí.

Sara contuvo el aliento mientras él aún añadía:

—Fue un crimen, nena. Imposible de probar, pero un crimen con todas las de la ley. Y sabiendo eso no es difícil imaginar el objetivo del encuentro de Madeleine con su amante… Discutir, ponerle tan furioso que perdiera la serenidad. Eso, y la bebida, era cuanto necesitaban.

—Hablas como si se tratara de un complot.

—Debió serlo forzosamente. Madeleine por sí sola es incapaz de planear algo semejante. No es más que un hermoso cuerpo lleno de curvas y vacío de ideas. Hubo alguien más… que manejó el otro coche.

—¿Los… Jennings?

—Seguro.

—Matt, no…

—Tampoco puede probarse absolutamente nada contra ellos. Sin embargo, ahora la policía va a probar que tu primo asesinó a una mujer en un arrebato de locura. El mismo admite que lo hizo, de modo que la cosa está clara. Será encerrado en un manicomio y declarado oficialmente loco de atar. Incapacitado para manejar su fortuna… y Madeleine, ese hermoso cuerpo lleno de curvas y vado de ideas estará esperando los millones con las manos abiertas.

—Es monstruoso.

—Sólo que ahora el negocio se les ha complicado. Por eso tienen que matarme a mí.

—¿A ti? ¡Matt!

El sonrió.

—Y posiblemente a ti también, ángel. Se les presenta una noche muy atareada. El espectro tenía razón, la historia se repite porque un inocente está a punto de ser condenado por un crimen que no cometió.

—¿Un inocente? —Sara dio un salto fuera de la butaca desbordada por los acontecimientos—, ¿Quieres decir que Amos no mató a la sirvienta, creyendo que mataba a Madeleine?

El sacudió la cabeza.

—No —dijo—. No lo hizo. «No pudo hacerlo».

Ella se quedó sin aliento.

De modo que Matt añadió con calma:

—Esperaremos aquí, cariño. Porque no creo que quieras pasar la noche en tu cuarto.

—No me quedaría allí ni por todo el oro de este mundo.

—Ajá. Esperaremos aquí —repitió él.

—Pero, ¿qué hemos de esperar?

—A nuestros asustados asesinos, linda. Ojalá no me equivoque sobre su manera de pensar y de actuar, porque si fuera así tu primo cargaría con un atroz asesinato en su cuenta.

Como al desgaire hundió la mano en la axila y sacó un poderoso revólver de cañón corto. Revisó los cartuchos y volvió a enfundarlo.

Entonces tendió las manos, rodeó el cuerpo de la muchacha y estrujándola contra su pecho la besó.

Era la primera vez que él la besaba. La muchacha había imaginado en infinidad de ocasiones cómo debería reaccionar si él se atrevía a besarla alguna vez. Matt era el hombre más fascinante que nunca conociera, y no ignoraba la fama de mujeriego que le rodeaba, ni las continuas visitas de mujeres a su apartamento…

Bueno, ahora estaba besándola y esa suerte de llamarada que parecía culebrear por todo su cuerpo era algo con lo que no había contado, pero resultaba tan deliciosamente enloquecedor que deseó prolongarlo una eternidad.

Era como si la arrancaran dulcemente, de este mundo. Se dejó llevar, meciéndose en aquel fuego que la quemaba con infinita dulzura, con un placer ignorado y dominante…

Hubiera podido llegar al cénit de la vida si se hubieran encontrado en otro lugar.

En la casona, no.

Porque aquel era el reino de los espíritus.

El reino de la muerte.

CAPITULO XIV

Madeleine se había encerrado en su dormitorio. Altanera y arrogante, se había negado a abrir la puerta cuando Amos llamó con humildad.

Ahora pensaba en los siguientes pasos. La policía ya tardaría poco en acudir en busca del supuesto criminal. Un proceso sonado, un par de siquiatras bien pagados y los millones de los Lundgren caerían en sus manos como una fruta madura.

Se tendió en la cama desperezándose voluptuosamente. Semidesnuda, le gustaba admirarse a sí misma porque estaba orgullosa de su soberbio cuerpo.

Oyó un seco crujido y no le prestó atención alguna. Cuando se sueña con millones de dólares uno no pierde el tiempo con los ruidos de una vieja casona.

Después, cuando el extraño aire helado la envolvió sí dio un respingo en la cama, sorprendida.

Lo que vio la hizo saltar fuera del lecho con todo el horror del mundo azotándola.

En el rincón más alejado del cuarto se había abierto un boquete en la pared de piedra, y plantada allí había la espantable máscara de la muerte.

Era una visión horrible, nauseabunda, porque no se sabía si era medio calavera o medio cuerpo destruido y agusanado.

Madeleine intentó chillar. Boqueó sin voz. No pudo gritar porque el terror agarrotaba hasta la última fibra de su cuerpo.

Mientras estaba mirándola, la espantosa visión avanzó poco a poco tendiendo las manos. Eran manos rotas, deformes, con los huesos astillados y en los que apenas quedaban jirones de piel amarillenta.

Ella retrocedió, recobrando el movimiento al fin esquivando aquel horror, jadeando porque aún no encontraba la voz con que gritar todo su terror. Apenas si podía respirar.

Se deslizó a lo largo del muro acosada por aquel espanto. El espectro no parecía tener prisa, sólo le acorralaba paso a paso. Un extraño gorgoteo surgió de aquella boca que no era otra cosa más que un revoltijo de carne podrida. Pareció una risa bronca, sorda y atroz.

Cuando Madeleine se dio cuenta estaba junto al boquete del muro. El, aquella «cosa» sin nombre, le cerró el paso obligándola a retroceder.

Se encontró dentro de la oscura oquedad apenas sin darse cuenta, con el aparecido acorralándola allí dentro.

El muro comenzó a cerrarse con un crujido. Madeleine dio otro paso atrás, sus pies encontraron el vacío y cayó de espaldas.

Entonces sí gritó. Al caer recobró la facultad de la voz y aulló como una bestia herida, con todo el espanto del infierno, mientras rodaba de escalón en escalón hasta detenerse allá abajo, sobre un suelo duro y húmedo.

El espectro ya estaba allí cual si hubiera llegado antes que ella. Siguió aullando y su voz rebotaba contra los muros de roca.

El aparecido la acorraló contra un rincón. Enloquecida, obrando por puro instinto, lanzó un zarpazo para defenderse y en sus uñas quedaron pedazos de aquella materia en descomposición. Un hedor letal la envolvía.

Dio un grito y se desmayó.

Cuando recobró el conocimiento, alucinada, descubrió que estaba sujeta al muro mediante argollas de hierro.

Los embates del pánico la hicieron debatirse salvajemente hasta que el hierro de las argollas penetró en su piel, desgarrándola. Lentas gotas de sangre salpicaron el suelo.

El espectro retrocedía. Por primera vez Madeleine captó con su mirada desorbitada todo el horror de aquel rostro destruido, con el cráneo roto y aplastado...

—¡GEOFFREY! —chilló con toda su voz—, ¡NO, GEOFFREY!

El había llegado a los escalones. La miraba fijo con sus cuencas vacías.

Y de pronto se fue, o se esfumó.

Supo que estaba sola en la caverna por toda la eternidad y empezó a sollozar a gritos.

¿Sola?

Primero fue un leve roce.

Después, los chillidos a ras del suelo.

Y luego, algo pequeño, peludo, rozó sus piernas. Unos dientes diminutos y crueles laceraron su carne.

¡RATAS!

*

—John Jennings trabajó durante años en el teatro. Era uno de los mejores hipnotizadores que han existido —explicó Matt exhalando el humo del cigarrillo—. ¿Comprendes?

—Creo que sí. Y tenemos que hacer algo por Amos...

—El habrá de poner mucho de su parte también me parece a mí. Jennings debió hipnotizarle y tras cometer el crimen él mismo le hizo creer que mataba a Madeleine. Introdujo las imágenes en su cerebro porque nadie bajo hipnosis es capaz de cometer un acto que repugne tanto a su conciencia como un crimen. Le hizo bañarse materialmente en la sangre y lo dejó cierto tiempo bajo el influjo de la hipnosis, para

que su conciencia absorbiera aún más profundamente el convencimiento de que acababa de cometer un crimen atroz y salvaje.

—Pero, ¿cómo podremos probar eso, Matt?

—No podemos, es así de sencillo, ángel.

—¿Entonces...?

Antes que él pudiera responder oyeron abrirse la puerta tras ellos. Matt deslizó Ia mano bajo la chaqueta.

Pero era Amos quien entraba.

—Madeleine no responde. Y los Jennings se han encerrado y tampoco contestan cuando les llamo. No sé qué está sucediendo en mi propia casa, pero hay que hacer algo...

—Así que se han encerrado. Y no contestan, ¿eh? Bueno, iremos a ver a los Jennings primero. A veces es mejor romper la baraja que seguir el juego.

Cuando llegaron a la habitación comprobaron que era cierto. La puerta estaba cerrada por dentro. Matt la golpeó vio lentamente sin obtener respuesta.

Sara exclamó:

—¿Es posible que hayan huido?

—¿Dejando la puerta cerrada por dentro? Apártate a un lado...

Sacó el revólver y apuntando a la cerradura disparó. El estampido les dejó sordos. Dio un puntapié a la puerta y ésta se abrió de golpe.

El interior de la habitación estaba a oscuras. Matt tanteó en la pared hasta encender la luz y la visión apareció ante sus ojos.

Sara no pudo contener un alarido de horror.

Sobre la alfombra yacía un cuerpo retorcido, negruzco, como si hubiera sido abrasado por una llama gigantesca. Era el cuerpo de una mujer.

Más allá, al pie de la mesa, el cadáver de un hombre estaba tirado de bruces. También a él le había abrasado un fuego destructor y era apenas reconocible. La habitación estaba impregnada de un hedor nauseabundo que obligó a Sara a retroceder tan precipitadamente como la visión de los cadáveres.

Estupefacto, Matt contemplaba el increíble espectáculo. Sentía en los huesos Ia caricia del pánico por primera vez.

Cuando desvió la mirada a un lado descubrió el papel que estaba encima de la mesa. Inclinándose lo leyó sin tocarlo y apenas pudo contener un grito.

—¡Es una confesión! —exclamó—. ¡Una confesión de Jennings..., algo le obliga a escribirla!

Amos balbuceó:

—¿De qué está hablando, qué confesión?

—De sus crímenes. Y del crimen que usted no cometió. Pero lo más aterrador está aquí, al final. Lea.

Con manos que temblaban. Amos tomó la hoja de papel. Había un último renglón escrito con salvaje letra, extraña y apenas comprensible, desigual y rota: «Vivid en paz. La historia no se repetirá.»

Una suerte de garabato que parecía una firma de un demente cerraba el mensaje.

A trompicones. Amos Lundgren abandonó la habitación. Matt le siguió, pero deteniéndose junto a Sara dijo, abrazándola: —Vamos a largamos de aquí a escape. Tú y yo pertenecemos al presente, a nuestro mundo desquiciado de todos los días. ¿Conforme?

Ella asintió.

Bajaron las escaleras abrazados. Una vez en el vestíbulo la muchacha murmuró:

—¿Y Madeleine, qué crees...?

—Después de lo que hemos visto no quiero ni saberlo. Ya no nos concierne.

—Pero el pobre Amos va a necesitar ayuda.

—La pedirá en todo caso. Vamos.

Fuera, en la noche, parpadeaban las estrellas igual que brillantes ojos vigilantes, protectores. Se detuvieron junto al coche que él había alquilado en el aeropuerto.

Matt contempló a la muchacha con sus ojos burlones.

—¿Sabes una cosa, encanto? Yo también tengo un espejo enorme que ocupa toda una pared. Sin truco. Cuando te reflejes en él lo único que se interpondrá entre tu imagen y el espejo seré yo.

—¿Quieres decir con todo eso que vas a llevarme a tu apartamento?

-—Ya puedes jurarlo. A rastras si es preciso.

El coche partió como una centella.

Sara Helm pensó que él no necesitaría arrastrarla precisamente. Ni mucho menos.

También pensó en su imagen desnuda reflejándose en el gran espejo de Matt y se echó a reír.

La pesadilla había terminado.

FIN